

EL PELIGRO NO ES EL MUNDO QUE NOS RODEA,
SINO EL CORAZÓN DEL HOMBRE.

TIEMPOS PELIGROSOS

EGOÍSTAS
AMANTES DEL DINERO
ARROGANTES
SOBERBIOS
BLASFEMOS
DESOBEDIENTES
INGRATOS
SIN AFECTO NATURAL
IMPLACABLES
CALUMNIADORES
SIN DOMINIO PROPIO
CRUELES
ENEMIGOS DE LO BUENO
TRAIDORES
IMPETUOSOS
ENVANECIDOS
AMANTES DE LOS PLACERES MÁS QUE DE DIOS

GABRIEL LOPEZ MOLINA

Gabriel López Molina

Tiempos Peligrosos

“Porque vendrán tiempos donde no sufrirán la sana doctrina”

Gabriel López Molina

Gabriel López Molina

Tiempos Peligrosos

“Porque vendrán tiempos donde no sufrirán la sana doctrina”

TIEMPOS PELIGROSOS

Gabriel López Molina
Primera edición, 2026
© 2026, Gabriel López Molina
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798192533222
Sello: Independently published

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, sin la autorización escrita del autor.

Hecho en Argentina.

*A ese Dios que mostró su amor por mí,
cuando yo aún era un pecador,
y, aun así, igual envió a Cristo a morir por mí.*

Romanos 5:8

«También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita.»

— 2 Timoteo 3:1-5

ÍNDICE

PRÓLOGO	Página 9
INTRODUCCIÓN	Página 11
CAPÍTULO 1 — EL DIAGNÓSTICO	Página 19
CAPÍTULO 2 — EL CARÁCTER DE LOS ÚLTIMOS TIEMPOS...	Página 31
CAPÍTULO 3 — EL ENGAÑO	Página 53
CAPÍTULO 4 — FALSOS APÓSTOLES Y FALSO EVANGELIO...	Página 65
CAPÍTULO 5 — LA IGLESIA Y SU AUTORIDAD	Página 73
CAPÍTULO 6 — APOSTASÍA Y ADORMECIMIENTO	Página 87
CAPÍTULO 7 — EL LLAMADO FINAL	Página 97
EPÍLOGO	Página 109
AGRADECIMIENTOS	Página 111
SOBRE EL AUTOR	Página 113
CONECTÁ CON EL AUTOR.....	Página 115

PRÓLOGO

Hay momentos en la historia de la iglesia en los que el silencio se vuelve cómplice. Cuando la verdad se diluye, cuando el amor se enfría, cuando el evangelio se transforma en mercancía y el púlpito en escenario, callar no es prudencia: es traición.

Este libro no nació en un seminario ni en una torre de marfil. Nació en la vigilia, en la oración y en el dolor de ver cómo el mundo y la iglesia se parecen cada vez más, y cómo Cristo, en medio de todo, sigue llamando a una novia que parece haberse dormido.

No soy pastor. No soy teólogo. No tengo ningún título que me acredite para escribir un libro como este. Soy simplemente un hombre que ama a Dios con todo su corazón, y que lleva mucho tiempo observando con angustia lo que está sucediendo a nuestro alrededor. En el mundo, sí. Pero sobre todo en la iglesia. Y esa angustia, mezclada con el amor por la verdad y por los hermanos, se fue haciendo cada vez más grande, hasta que ya no pude callar.

Lo que verás en estas páginas no es un tratado académico ni una obra de erudición. Es el grito de alguien que ha visto cómo el amor de muchos se enfría, cómo se predica un evangelio sin cruz, cómo se abusa de la autoridad en nombre de Dios, y cómo la iglesia, llamada a ser luz, se ha ido apagando lentamente mientras el mundo se sumerge en tinieblas.

No escribo para condenar. Escribo porque creo que todavía hay esperanza. Porque el mismo Cristo que diagnosticó a Laodicea con crudeza es el que sigue llamando a la puerta, esperando que alguien le abra. Porque el arrepentimiento sigue siendo posible, y la cruz sigue siendo el camino.

Si eres pastor, líder, músico, maestro o un creyente común como yo, te invito a leer estas páginas con el corazón abierto. No busco ofender,

sino despertar. No busco gloria para mí, sino para Aquel que murió por nosotros y que pronto volverá.

Que el Espíritu Santo, que es el único que puede abrir los ojos del entendimiento, te guíe mientras recorres estas páginas. Y que al cerrarlas, no seas el mismo que al abrirlas.

— Un hombre que ama a Dios y está preocupado por lo que ve.

INTRODUCCIÓN

Asistimos, a pasos acelerados, a la erosión de la capacidad humana de amar y de perdonar. No se trata de una impresión subjetiva ni de una queja generacional más entre tantas: es una realidad verificable en el modo en que las personas se tratan entre sí, en la velocidad con que se quiebran los vínculos, y en la ligereza con que hoy se cancela, se descarta y se aborrece a quien piensa distinto. Y lo que resulta aún más grave... no me refiero solamente al mundo, sino a la propia iglesia de Cristo.

«Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará» (Mateo 24:12).

El propio Jesús lo anunció como una de las señales de los últimos tiempos: no el frío del clima, sino el frío del corazón humano. Y lo más doloroso de esta profecía no es verla cumplirse afuera, en el mundo que desconoce a Dios, sino constatar su cumplimiento puertas adentro, en medio del pueblo llamado a ser luz.

Vale la pena detenernos en el vocablo que emplea el texto. El amor al que Jesús se refiere no es el mero cariño, ni la simpatía pasajera, ni el afecto que fluctúa según el humor del día: es el ágape, ese amor descrito en 1 Corintios 13 como sufrido, benigno, que no busca lo suyo, que todo lo sufre y todo lo soporta. El apóstol Juan fue todavía más lejos: no se limitó a afirmar que Dios ama, sino que «Dios es amor» (1 Juan 4:8). Por ello, cuando ese amor se enfría, no se enfría una emoción entre tantas otras: se enfría el rasgo distintivo mismo de la identidad cristiana, porque «en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros» (Juan 13:35).

Porque este enfriamiento del amor no permaneció fuera de la iglesia. Se infiltró en su interior. Hoy contemplamos a hermanos disputando posiciones, reconocimiento y protagonismo dentro de una congregación, como si el Reino de Dios fuese un espacio para hacer carrera y no un cuerpo llamado a servir, olvidando que quien pretenda ser el mayor debe convertirse en servidor de los demás. Contemplamos también a cristianos que profesan una fe circunscrita al domingo: ingresan al templo con las manos en alto y el semblante

compuesto, y durante el resto de la semana viven, hablan y tratan a los demás como si esa hora de adoración jamás hubiese acontecido.

El propio Señor lo enseñó sin ambages a sus discípulos, cuando estos disputaban entre sí quién sería el mayor: «El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor» (Mateo 20:26); y Pablo, siglos más tarde, debió corregir a la iglesia de Corinto por idéntico mal: «Habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales?» (1 Corintios 3:3). No estamos ante un problema inédito, sino ante el corazón humano de siempre, ahora disfrazado de «ministerio» y de «visión».

Esta erosión del amor arrastra consigo, inevitablemente, la capacidad de perdonar, virtud que Cristo situó en el centro mismo de la vida cristiana. Cuando Pedro preguntó cuántas veces debía perdonar a un hermano que pecara contra él, y propuso generosamente hasta siete veces, la respuesta del Maestro desbordó toda contabilidad posible:

«Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete» (Mateo 18:22).

La parábola que sigue a ese versículo —la del siervo a quien se le perdonó una deuda impagable, y que acto seguido estranguló a su consiervo por una suma insignificante— retrata con precisión quirúrgica la contradicción que hoy anida en tantos corazones cristianos: recibir de Dios un perdón infinito y, sin embargo, administrar el propio perdón con cuentagotas, condicionándolo a que el ofensor se humille lo suficiente, se disculpe con las palabras exactas, o simplemente deje de existir como motivo de incomodidad. El propio Jesús remató la parábola con una advertencia que pocos predicadores hoy se atreven a repetir desde el púlpito:

«Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas» (Mateo 18:35).

«Porque no todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mateo 7:21).

Isaías ya había retratado este mismo cuadro siglos antes, cuando Dios se lamentó de un pueblo que se le acercaba «con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí» (Isaías 29:13). Y Santiago, con la practicidad que lo distingue, advirtió que

quien oye la Palabra sin ponerla en práctica es semejante a un hombre que se contempla en el espejo y, apenas se aleja, olvida su propio semblante (Santiago 1:22-24). Esa es, con exactitud, la fe dominical: un espejo consultado durante una hora y abandonado el resto de la semana.

Y quizás una de las heridas más profundas de esta época sea la falta de claridad moral que hoy resuena desde tantos púlpitos. Pastores que, por temor a incomodar, por temor a perder feligreses o diezmos, diluyen la Palabra hasta volverla irreconocible. Se predica lo que se anhela oír, no lo que resulta necesario oír, y así se forja una generación de cristianos que jamás fueron confrontados con su pecado ni conducidos a un arrepentimiento genuino.

«Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que, teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias» (2 Timoteo 4:3).

Dios mismo, por boca de Ezequiel, ya había denunciado a los pastores que se apacientan a sí mismos en lugar de apacentar al rebaño, que se nutren de la leche y se cubren con la lana, pero no fortalecen a la oveja enferma ni salen en busca de la extraviada (Ezequiel 34:2-4). Jeremías, por su parte, retrató con precisión quirúrgica lo que hoy volvemos a presenciar: profetas y sacerdotes que «curan la herida de mi pueblo con liviandad, diciendo: Paz, paz; y no hay paz» (Jeremías 6:14). Pablo se lo advirtió a los gálatas de manera casi personal: «Si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo» (Gálatas 1:10). Nadie puede pastorear temiendo simultáneamente a los hombres y a Dios; tarde o temprano, uno de esos dos temores termina por ceder.

El propio Jesús había anticipado esta figura del pastor que huye ante el peligro, distinguiéndolo con nitidez del pastor verdadero, dispuesto a arriesgar la propia vida por el rebaño:

«Mas el asalariado, y que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebató las ovejas y las dispersa. Así que el asalariado huye, porque es asalariado, y no le importan las ovejas» (Juan 10:12-13).

La diferencia entre el pastor y el asalariado no se advierte en tiempos de calma, cuando ambos predicán con igual elocuencia y ambos reciben idéntico aplauso, sino en el instante preciso en que aparece el lobo: el conflicto doctrinal, el pecado que debe confrontarse,

la ovejita que se descarría y exige ser buscada a un costo personal. Es entonces cuando se revela quién ama de verdad al rebaño y quién, en el fondo, solo amaba el salario que el rebaño le proporcionaba.

A esto se suma otro síntoma característico de nuestra era: la confrontación amorosa y cara a cara que la Escritura ordena practicar entre hermanos fue sustituida por la contienda pública en redes sociales. Resulta hoy más sencillo escribir un comentario hiriente tras una pantalla que acercarse a un hermano y decirle, con mansedumbre: «Esto que hiciste no está bien». Se prefiere exponer antes que restaurar, y humillar antes que corregir.

«Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradlo con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado» (Gálatas 6:1).

El propio Jesús dejó asentado el protocolo por escrito, y en él no figura pantalla alguna: «Si tu hermano pecare contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos» (Mateo 18:15). Primero en privado, luego con testigos, y solo al final ante la congregación entera. Lo que hoy se denomina «exponer la verdad» no es, con frecuencia, sino la omisión deliberada de ese orden para comenzar directamente por la humillación pública, algo que Pablo describiría, sencillamente, como palabra corrompida, contraria a aquella «que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes» (Efesios 4:29).

Y lo más inquietante de todo este cuadro es que no sobrevino de un día para otro. Fue introduciéndose gradualmente, con la misma sutileza con que se filtra cualquier veneno de acción lenta: un ajuste aquí, una concesión allá, un silencio que en su momento pareció prudente. Hoy, con todas estas cosas ya instaladas en el interior de la casa de Dios, se han normalizado hasta el punto de que apenas alguien repara en ellas. Es como una callosidad formada sobre la conciencia misma: al principio dolía, después incomodaba, y ahora, sencillamente, ya no se percibe nada.

Los pocos que aún logran advertirlo prefieren mencionarlo con timidez, o directamente callar, porque flota en el ambiente la sensación de que es preferible no tocar el asunto, no sea que alguien resulte ofendido. Pero eso mismo revela una comprensión deficiente del tiempo que vivimos. Hoy las iglesias confeccionadas a la medida del gusto del consumidor —donde se predica lo cómodo, se programa

lo que atrae y se elude lo que confronta— gozan de tal aceptación y difusión que muchos las asumen, sin advertirlo, como el modelo mismo de iglesia verdadera. Y es precisamente allí, en esa tibieza que ya no incomoda a nadie, donde el Apocalipsis había puesto, siglos atrás, un nombre preciso.

Conviene recordar que Laodicea no fue la única iglesia de Asia que Cristo diagnosticó con semejante severidad. A la iglesia de Sardis, el Señor le dirigió una sentencia todavía más lapidaria, precisamente porque a los ojos de los hombres aquella congregación parecía, en apariencia, la más saludable de todas:

«Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto» (Apocalipsis 3:1).

Éfeso había perdido su primer amor; Laodicea se había vuelto tibia; Sardis, más grave aún, había muerto sin advertirlo, conservando tan solo el nombre, la reputación, la fachada institucional de una vida que ya se había extinguido por dentro. Las tres cartas, leídas en conjunto, dibujan una progresión inquietante: primero se enfría el amor, después la tibieza se normaliza, y finalmente sobreviene la muerte que ni siquiera se percibe como tal, porque el edificio sigue en pie, el culto sigue celebrándose y el nombre sigue figurando en el directorio de las iglesias respetables del vecindario.

Todo este cuadro —la disputa por posiciones, la doble vida entre el lunes y el domingo, los púlpitos que ya no confrontan, la sustitución de la corrección amorosa por la contienda digital, y esta insensibilidad ya instalada que todo lo naturaliza— compone un retrato que la Escritura había anticipado con siglos de antelación: el de una iglesia cada vez más semejante a la de Laodicea.

«Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo» (Apocalipsis 3:15-17).

Pero Laodicea no constituye un punto final, sino una advertencia con la puerta todavía abierta. Al mismo ángel tibio, Cristo le dice, apenas dos versículos después: «Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete» (Apocalipsis 3:19). Ese es, precisamente, el espíritu con que ha sido concebido este libro: no

como una sentencia sin apelación, sino como el llamado de Alguien que persiste en tocar a la puerta (Apocalipsis 3:20), porque todavía le importa profundamente lo que aguarda del otro lado.

Ese es el diagnóstico que este libro se propone exponer, con la mayor honestidad posible y sin la menor pretensión de ofender por el simple placer de hacerlo. No escribo estas páginas desde una posición de superioridad, como quien ya lo tiene todo resuelto, sino como alguien que también necesita ser confrontado por esa misma Palabra que aquí se expone.

«Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero» (1 Timoteo 1:15).

Por eso, antes de señalar cualquier cosa hacia afuera, prefiero orar con las palabras de David: «Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno» (Salmo 139:23-24). Nadie está en condiciones de confrontar con autoridad genuina aquello que, primero, no permitió que Dios confrontara en su propia vida.

Cada capítulo de este libro retoma una de las señales que el apóstol Pablo describió en 2 Timoteo 3:1-5 como propias de los «tiempos peligrosos», confrontándola con lo que hoy se manifiesta dentro y fuera de la iglesia: el engaño doctrinal, los falsos apóstoles, el abuso de autoridad, la apostasía silenciosa y adormecida, y, finalmente, el llamado que el propio Cristo dirige a quien pretenda seguirlo de verdad: tomar la cruz.

«También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a estos evita» (2 Timoteo 3:1-5).

Es una enumeración extensa y, si somos honestos, incómoda de leer sin reconocer en ella, al menos, algún rasgo propio. Pablo, sin embargo, no la escribió para que la iglesia señale hacia afuera, sino para que cada creyente se examine hacia adentro, pues la advertencia no culmina en el catálogo de pecados, sino en una sentencia breve y

afilada: «que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella». Esa es, en definitiva, la enfermedad de fondo que recorre todo este libro: una fe de forma correcta, pero desprovista del poder que debería sostenerla.

No resulta casual que la propia enumeración concluya con una instrucción práctica, y no solamente con un diagnóstico teórico destinado a la mera reflexión intelectual.

«Y también a los que resisten la verdad; hombres corruptos de entendimiento... a éstos también resistid» (2 Timoteo 3:8-9; cf. 3:5b: «a éstos evita»).

Evitar, en el sentido paulino, no equivale a la indiferencia ni al desprecio hacia la persona, sino a la negativa deliberada a dejarse formar, discipular o gobernar espiritualmente por quien exhibe apariencia de piedad sin la eficacia correspondiente. Pablo enseñó idéntico principio a los romanos, en términos aún más explícitos:

«Y os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos» (Romanos 16:17).

Fijarse y apartarse: dos verbos, dos movimientos sucesivos que la iglesia contemporánea, por temor a parecer intolerante o divisiva, ha ido abandonando en favor de una tolerancia indiscriminada que la propia Escritura jamás enseñó ni practicó.

Vale la pena, antes de cerrar estas páginas introductorias, detenerse un instante en el propio vocablo griego que Pablo utiliza para «tiempos»: no emplea *chronos*, el tiempo cronológico que se mide en calendarios y relojes, sino *kairós*, el tiempo cualitativo, el momento oportuno cargado de sentido y de urgencia. No estamos, entonces, ante una mera etapa más dentro de la sucesión ordinaria de los siglos, sino ante un *kairós*: un instante que exige una respuesta, y que no se repetirá indefinidamente para quien decida postergarla.

«He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación» (2 Corintios 6:2).

Mi oración es que este no sea un libro más para leer y olvidar, sino una herramienta capaz de impulsar a cada lector a examinar su propio corazón a la luz de la Escritura, y a regresar, sin excusas ni dilaciones, al primer amor.

«Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras» (Apocalipsis 2:4-5).

Regresar al primer amor no constituye un ejercicio de nostalgia espiritual, sino el único camino de retorno que ofrece la Escritura. Por ello, si al concluir estas páginas el lector siente el peso de sus propias contradicciones, sepa que esa incomodidad no es condena, sino invitación: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9). Los tiempos, en efecto, serán peligrosos, tal como fue anunciado, pero ninguno de nosotros está condenado a atravesarlos con el corazón frío.

CAPÍTULO I — EL DIAGNÓSTICO

La radiografía de una época

Cuando el apóstol Pablo tomó la pluma para instruir a su joven discípulo Timoteo, no lo hacía movido por el afán de infundirle temor, sino por la urgencia pastoral de equiparlo para lo que habría de sobrevenir. El vocablo griego que elige, y que traducimos como «peligrosos», describe algo áspero, feroz, casi indomable. No se trata, entonces, de un peligro meramente circunstancial —fieras, guerras, catástrofes—, sino de un peligro de naturaleza más profunda: el deterioro del alma humana y el letargo espiritual de la propia iglesia.

Conviene detenerse en esa palabra, *chalepós*, porque el Nuevo Testamento vuelve a usarla en un único pasaje más: para describir a los endemoniados de Gadara, tan feroces que «nadie podía pasar por aquel camino» (Mateo 8:28). No es casualidad que Pablo, guiado por el Espíritu, haya escogido el mismo término para describir los postreros días. No está anunciando una etapa incómoda ni un tiempo meramente difícil de sobrellevar: está retratando una atmósfera espiritual tan opresiva como la que rodeaba a un hombre poseído, aunque hoy se presente revestida de civilización, de progreso y, no pocas veces, de religiosidad.

Basta con recorrer nuestras redes sociales o detenerse ante cualquier noticiero del mundo para comprobar que la descripción paulina de 2 Timoteo 3 ya no pertenece al pasado, sino que se ha convertido en la crónica cotidiana de nuestros días. Presenciamos una irritabilidad colectiva que somete a las multitudes, una sociedad que estalla por motivos triviales, en la que la paciencia parece haberse extinguido. Pero lo verdaderamente doloroso no ocurre allá afuera, sino puertas adentro, en los mismos círculos que deberían irradiar luz: allí se constata una alarmante ausencia de santidad, disimulada bajo un exceso de apariencias religiosas.

Santiago ya había señalado, siglos atrás, la raíz de esa beligerancia colectiva: «¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?» (Santiago 4:1). El conflicto que hoy se exhibe en

la superficie no es la enfermedad misma, sino su síntoma; la enfermedad de fondo es la pasión desordenada, ardiendo sin freno ni arrepentimiento bajo la piel de una sociedad que ya no sabe nombrar su propio mal.

«Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará» (Mateo 24:12).

Pablo describió este mismo fenómeno bajo otro nombre, quizás más solemne: la apostasía, cuando advirtió a los tesalonicenses que el día del Señor no llegaría «sin que antes venga la apostasía» (2 Tesalonicenses 2:3). No hablamos de un abandono súbito ni escandaloso de la fe, sino de un distanciamiento progresivo, casi imperceptible al ojo desprevenido, que se disfraza de actualización doctrinal, de apertura teológica o de «nuevas revelaciones», hasta dejar el evangelio original irreconocible bajo tantas capas de maquillaje espiritual.

Es menester denunciar que el espíritu de Jezabel opera hoy con singular intensidad dentro del cuerpo de Cristo. Basta observar fenómenos como los que se replican en algunos países, donde ciertas «pastoras» se presentan al altar con una sensualidad y un despliegue corporal que nada tienen que ver con la reverencia debida a lo santo. No estamos ante una novedad, sino ante la reedición de un método antiquísimo: el mismo que empleaban las sacerdotisas de Asera, que en su tiempo sedujeron a Israel hacia costumbres idólatras y ritos de naturaleza erótica, desviando el corazón del pueblo desde la santidad de Dios hacia la lascivia. Ese mismo espíritu, hoy, se ha multiplicado a través de cada pantalla.

La Escritura documenta con precisión ese trasfondo histórico: eran cuatrocientos cincuenta profetas de Baal y cuatrocientos de Asera los que se sentaban «a la mesa de Jezabel» (1 Reyes 18:19), sostenidos y amparados por ella. Pablo, por su parte, ya había advertido que «Satanás se disfraza como ángel de luz», y que por tanto «no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia» (2 Corintios 11:14-15). El altar sigue siendo altar, aun cuando el disfraz haya mudado de nombre, de vestuario y de generación.

Frente a este fenómeno, la Palabra no guarda silencio, pero tampoco moraliza sobre modas pasajeras: enseña, en cambio, un principio permanente, a saber, que la verdadera hermosura de quien

sirve a Dios «no sea la externa —el peinado ostentoso, el uso de joyas de oro, o los vestidos lujosos—, sino el ser interior del corazón» (1 Pedro 3:3-4), y que quien se acerca al altar lo haga «con ropa decorosa, con pudor y modestia» (1 Timoteo 2:9). No se trata, en definitiva, de una cuestión de tela, sino de discernir hacia dónde se dirige la mirada del congregante cuando alguien se levanta a exponer la Palabra de Dios.

Este mismo enfriamiento se traslada, de manera casi inevitable, al interior de los hogares, donde constatamos a hijos e hijas de supuestos «cristianos» creciendo huérfanos de toda instrucción moral y espiritual. Tratan a sus padres, a sus mayores, a cualquier autoridad, con un desprecio que raya en lo abyecto. Han perdido todo pudor: exhiben su cuerpo en fotografías provocativas, mendigando la aprobación de una sociedad que no ofrece nada a cambio, y un puñado de «me gusta» que jamás sustituirán la aprobación de Dios. La santidad les resulta indiferente; viven sumergidos en una irresponsabilidad absoluta frente a lo sagrado, tratando lo santo como una curiosidad más entre tantas.

No es casual que «desobedientes a los padres» figure en la misma enumeración de 2 Timoteo 3:2 que estamos empleando como radiografía de esta época: se trata de una de las señales explícitas de los tiempos peligrosos, y no de una simple fricción generacional. Ya Salomón instruía a criar al niño «en su camino», con la promesa de que «aun cuando fuere viejo no se apartará de él» (Proverbios 22:6), y Pablo encomendó a los padres criar a sus hijos «en disciplina y amonestación del Señor» (Efesios 6:4). Cuando esa instrucción se ausenta del hogar, el vacío resultante no permanece vacío por mucho tiempo: lo ocupa, con avidez, la pantalla, el algoritmo y la aprobación ajena.

«Los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza» (Efesios 4:19).

El vocablo griego que emplea aquí Pablo, *apalgéo*, significa literalmente «cesar de sentir dolor». Es la misma anestesia espiritual, el mismo callo de conciencia del que ya hablamos en la introducción, aunque aquí alcanza su expresión más extrema: un corazón de tal manera curtido por el pecado que ha dejado de registrarlo como tal. Ese, en el fondo, es el verdadero diagnóstico de esta época: no la

ausencia de normas, sino la pérdida de la sensibilidad necesaria para percibir cuándo esas normas se están quebrando.

Con todo, el diagnóstico no se agota en la denuncia. La misma generación que Pablo describe con semejante crudeza en 2 Timoteo 3 tiene, en el Antiguo Testamento, un precedente esperanzador que conviene no olvidar. Cuando Elías, agotado y perseguido por Jezabel, creyó ser el único fiel que quedaba en Israel, Dios lo corrigió con una cifra que desmentía su desesperación:

«Y yo haré que queden en Israel siete mil, cuyas rodillas no se doblaron ante Baal, y cuyas bocas no lo besaron» (1 Reyes 19:18).

Ni Elías, con su vasto conocimiento profético, alcanzaba a ver el remanente que Dios sí veía. La radiografía de esta época, por severa que resulte, no debe leerse jamás como una sentencia sobre la totalidad de la iglesia, sino como un llamado de alerta dirigido a quienes, en medio de la multitud tibia, todavía conservan la posibilidad de doblar la rodilla únicamente ante Cristo.

El espíritu de Jezabel en la iglesia de hoy

Conviene detenerse con más detalle en esta señal, por ser una de las más soslayadas entre los tiempos peligrosos. Jezabel no es simplemente el nombre de una mujer que vivió hace tres milenios: es el nombre con el que la propia Escritura bautiza a un espíritu, a un modo de operar espiritualmente que sigue vigente. «Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos» (Apocalipsis 2:20). El Señor, dirigiéndose a la iglesia de Tiatira, emplea este nombre para describir algo que operaba en el interior de la congregación, no fuera de sus muros.

En el Antiguo Testamento, Jezabel fue la esposa del rey Acab, «hija de Et-baal rey de los sidonios» (1 Reyes 16:31), mujer que introdujo en Israel la adoración a Baal y a Asera, y que gobernó no mediante autoridad legítima, sino por la vía de la manipulación, la seducción y la intimidación. Ordenó exterminar a los profetas del Señor (1 Reyes 18:4), amenazó de muerte al profeta Elías tras la mayor victoria espiritual de su ministerio (1 Reyes 19:2), y orquestó el asesinato de Nabot con el único fin de arrebatarse su viña (1 Reyes 21).

Su método jamás fue la confrontación abierta, sino la seducción, el control disfrazado de encanto, y el silenciamiento sistemático de todo aquel que osara corregirla.

El método de Jezabel, además, no fue una innovación personal suya, sino la reedición de una estrategia mucho más antigua, ensayada ya en el desierto contra la primera generación de Israel. En Baal-peor, fueron las mujeres madianitas, por consejo de Balaam, quienes sedujeron al pueblo hacia la idolatría sexual, logrando lo que ningún ejército enemigo había conseguido en el campo de batalla:

«Y el pueblo empezó a fornicar con las hijas de Moab... y adoraron a sus dioses... Los que murieron en la mortandad fueron veinticuatro mil» (Números 25:1-9).

Balaam no logró maldecir a Israel de frente, como se lo había propuesto Balac; descubrió, en cambio, que la seducción resultaba infinitamente más eficaz que la maldición directa. Ese mismo principio —lo que la confrontación abierta no logra, la seducción sutil lo consigue sin resistencia— es el que hereda Jezabel siglos después, y el que hoy sigue operando bajo mil disfraces distintos dentro del pueblo de Dios.

Resulta significativo que ni siquiera Elías, el profeta que acababa de derrotar públicamente a los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal sobre el Carmelo, lograra sostenerse frente a la amenaza de Jezabel: huyó al desierto implorando la muerte (1 Reyes 19:3-4). Si la intimidación de este espíritu fue capaz de silenciar, siquiera temporalmente, a un profeta de semejante estatura, no debería sorprendernos que hoy siga logrando que tantos pastores y creyentes prefieran el mutismo antes que el riesgo de la corrección.

Ese es, con exactitud, el patrón que hoy vemos reproducirse dentro de la iglesia. No es necesario que alguien se proclame adoradora de Baal para operar bajo este espíritu; basta con recurrir a la sensualidad, la seducción o la manipulación emocional como herramienta de influencia espiritual, en sustitución de la santidad y la sana doctrina. Los casos de «pastoras» que se presentan al altar con una sensualidad impropia no constituyen un mero detalle estético: son la misma raíz que arrastró a Israel hacia la idolatría a través de los sentidos, y no mediante ningún argumento teológico.

Judas advirtió de un fenómeno idéntico en su breve epístola: «algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes

habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios» (Judas 1:4). La palabra determinante es encubiertamente: este espíritu casi nunca se presenta bajo su nombre verdadero, sino disfrazado de unción, de libertad cristiana o de «nuevo mover de Dios».

Pero el espíritu de Jezabel no se agota en la sensualidad. Se manifiesta, igualmente, en el control: en líderes que no toleran ser cuestionados, que intimidan a quien corrige, que aíslan y desacreditan a todo aquel que se atreve a señalar un error a la luz de la Palabra. «No permitas que Jezabel te enseñe» no constituye únicamente una advertencia sobre inmoralidad sexual; es, sobre todo, una advertencia sobre la tolerancia, dentro del propio pueblo de Dios, de una influencia que seduce y domina en lugar de servir y apacentar.

El Apocalipsis añade todavía un matiz adicional que rara vez se predica: el juicio anunciado contra Jezabel no se circunscribe a su propia persona, sino que alcanza también a quienes ella logró formar bajo su influencia, a los que el texto llama, con crudeza, «sus hijos»:

«Y mataré a sus hijos con peste; y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras» (Apocalipsis 2:23).

La advertencia es solemne: el espíritu de Jezabel no opera de manera estéril, sino reproductiva; forma discípulos a su propia imagen, multiplica su influencia a través de quienes se someten voluntariamente a su enseñanza y a su ejemplo. De ahí la urgencia de identificarlo a tiempo, antes de que la seducción original se convierta, a su vez, en semillero de una segunda y tercera generación formada bajo idéntico patrón de manipulación y sensualidad disfrazada de unción.

Resulta significativo, en este sentido, contrastar el modo en que opera Jezabel con el modo en que Dios eligió revelarse al mismo Elías cuando este, ya derrotado por el miedo, se refugió en una cueva del Horeb. El Señor no se manifestó en el viento huracanado, ni en el terremoto, ni en el fuego —los mismos elementos espectaculares que suelen acompañar a las manifestaciones seductoras que hoy se ofrecen como sustituto de la genuina presencia de Dios—, sino en algo radicalmente distinto:

«Y tras el fuego un silbo apacible y delicado... y he aquí vino a él una voz» (1 Reyes 19:12-13).

El contraste no podría ser más elocuente: mientras el espíritu de Jezabel se manifiesta en el espectáculo, en el ruido, en la sensualidad que reclama toda la atención de los sentidos, la voz genuina de Dios prefiere, con notable frecuencia, el silbo apacible y delicado que solo se percibe en la quietud, lejos del bullicio, cuando el creyente se dispone a escuchar sin exigir espectáculo alguno a cambio.

«Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos... He aquí, yo la arrojo en cama, y en tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de ella» (Apocalipsis 2:20-22).

El llamado, entonces, no es a la caza de brujas ni al señalamiento indiscriminado de cada mujer que publica una fotografía, sino a la recuperación de un discernimiento que la iglesia ha ido perdiendo: la capacidad de distinguir entre una influencia que edifica en santidad y otra que seduce, controla y silencia. Allí donde ese discernimiento falta, Jezabel conserva terreno para operar, tal como lo tuvo en Tiatira hace dos mil años.

¿A dónde me congrego?

El apóstol Pablo, en el capítulo tercero de su segunda epístola a Timoteo, formula una advertencia inequívoca: en los postreros días, antes de la venida de Cristo, sobrevendrían sobre la iglesia y sobre el mundo entero «tiempos peligrosos», en los que el amor de muchos se enfriaría a causa de la falta de consagración al Señor, y en los que hombres soberbios, blasfemos, vanagloriosos, revestidos de una piedad aparente, y amantes de sí mismos, se levantarían engañando, de ser posible, hasta a los propios escogidos de Dios, haciéndose pasar por maestros de la Palabra y conduciendo al pueblo hacia la idolatría, las falsas doctrinas y la apostasía final.

Estos tiempos que Pablo anunció, aunque hoy muchos los nieguen bajo la ilusión de vivir tiempos de avivamiento, no solo han irrumpido en la iglesia, sino que se han instalado con singular comodidad dentro de los más diversos ministerios y denominaciones, revestidos de eufemismos tales como «tiempos apostólicos», «tiempos proféticos» o «tiempos de unción y avivamiento».

El propio Jesús había anticipado esta clase de disfraz: «Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces» (Mateo 7:15). Y Pablo, refiriéndose a esta misma casta de hombres, no vaciló en llamarlos «falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo» (2 Corintios 11:13). No visten piel de lobo, sino piel de oveja, y es precisamente por ello que tantos fracasan al intentar identificarlos.

A lo largo de toda la historia de la iglesia, aunque las epístolas de Pablo, Pedro y Judas nos permiten entrever que ya en su tiempo existían falsos apóstoles capaces de confundir al pueblo, jamás se había registrado tal profusión de falsas doctrinas y de falsos ministros como la que presenciamos hoy, ni tampoco un rechazo tan extendido hacia la sana doctrina del evangelio como el de estos últimos años.

Se trata de un fenómeno fácilmente comprobable: basta visitar unas pocas congregaciones para corroborarlo. Cada iglesia parece haberse forjado su propia doctrina particular, y cada congregante, su revelación personal acerca de cómo rendir culto al Señor.

Manifestaciones tales como el polvo de oro, los evangelios de la prosperidad, los decretos y las declaraciones de corte positivista, y la proliferación de falsos apóstoles dedicados a la venta de «coberturas» espirituales, han secuestrado de tal modo la atención de los creyentes que muchos ya han apartado de la verdad su oído, volviéndose con premura hacia doctrinas engañosas y hacia evangelios reducidos a meras promesas divinas, absolutamente carentes de todo llamado a la santidad.

El profeta Jeremías ya había pronunciado sentencia sobre esta clase de liderazgo: «¡Ay de los pastores que destruyen y dispersan las ovejas de mi rebaño! [...] Vosotros dispersasteis mis ovejas, y las espantasteis, y no las habéis cuidado; he aquí que yo castigo la maldad de vuestras obras» (Jeremías 23:1-2). Un pastor que dispersa en lugar de congregar, y que entretiene en lugar de alimentar, continúa siendo, ante los ojos de Dios, un pastor bajo juicio, por más que llene auditorios cada domingo.

En estos tiempos, la búsqueda de una congregación donde poder integrarse se ha convertido en una auténtica misión imposible, dado que la inmensa mayoría de los ministerios ha adoptado alguna de estas doctrinas erróneas que, aun sonando agradables al oído,

conducen, en definitiva, por sendero de muerte. El problema de nuestro tiempo no radica en la escasez de templos donde congregarse, sino en el contenido mismo de lo que se enseña desde los púlpitos. Por temor a la pérdida de miembros —y, en consecuencia, de diezmos y ofrendas—, o movidos por la errada ambición de erigir una mega iglesia, no pocos ministros han relegado la sana y verdadera doctrina del evangelio, dedicándose en cambio a la organización de eventos, convocando semana tras semana a algún cantante o apóstol de moda, con el único propósito de atraer multitudes, sin reparar en que el mensaje transmitido sea de idolatría, de prosperidad material, de exitismo, o de meros «derechos como hijos de Dios», en desmedro del mensaje de la cruz, único capaz de confrontar al cristiano con su pecado y conducirlo a un arrepentimiento genuino ante el Señor. Algunos, incluso, han llegado a organizar discotecas dentro del templo mismo, bautizándolas con el nombre de «Cristotecas».

Frente a este panorama de confusión, resulta providencial que la Escritura no se limite a denunciar lo falso, sino que además documente, con notable precisión, cómo lucía la iglesia primitiva en su estado más saludable, ofreciendo así un patrón objetivo contra el cual contrastar cualquier congregación contemporánea:

«Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, y en la comunión unos con otros, y en el partimiento del pan, y en las oraciones» (Hechos 2:42).

Cuatro pilares, ni uno más ni uno menos: doctrina apostólica —no revelaciones nuevas ni doctrinas de moda—, comunión fraternal genuina —no una multitud anónima que se dispersa apenas concluye el último cántico—, la mesa del Señor observada con regularidad, y una vida de oración sostenida en el tiempo. Toda congregación que edifique su identidad sobre estos cuatro pilares, por modesta que resulte en número o en infraestructura, constituye terreno seguro para congregarse; toda congregación que sustituya alguno de ellos por espectáculo, entretenimiento o personalismo pastoral, por multitudinaria que parezca, debería encender genuina alarma en el creyente discernido.

A la luz de estos cuatro pilares, y de la propia enumeración de 2 Timoteo 3:1-5 que estructura este libro, resulta posible trazar un breve catálogo de señales prácticas —no exhaustivo, pero sí orientador— para discernir el estado real de una congregación, más

allá de su tamaño o de su popularidad: ¿la prédica confronta el pecado con la misma frecuencia con que promete bendición? ¿Existe disciplina eclesiástica genuina, o todo desvío moral se disculpa apelando a la gracia? ¿El liderazgo tolera preguntas y objeciones fundadas en la Escritura, o las trata como rebeldía? ¿La ofrenda se administra con transparencia, o el dinero circula sin rendición de cuentas alguna? ¿Los pastores modelan un matrimonio y una vida familiar coherentes con lo que predicán, o su vida privada permanece cuidadosamente oculta tras la figura pública?

Ninguna congregación local alcanzará jamás la perfección; también en las iglesias más sanas conviven creyentes en proceso de santificación, con imperfecciones propias de toda comunidad humana. La pregunta relevante, entonces, no es si existen fallas —las habrá siempre, mientras Cristo no regrese—, sino si la congregación reconoce esas fallas a la luz de la Palabra y camina, aunque sea con lentitud, hacia la corrección, o si, por el contrario, las disimula, las justifica sistemáticamente o las presenta como virtud.

Abra, pues, sus ojos y aguce sus sentidos espirituales. Examine con detenimiento, a la luz de la Palabra, si lo que se le enseña en el lugar donde congrega corresponde, en verdad, a la sana doctrina transmitida por Cristo y sus apóstoles —no por los «apóstoles» contemporáneos—. Y si advierte que se le instruye en «otras doctrinas» carentes de todo fundamento bíblico, acérquese al pastor de ese lugar, exponga el asunto con franqueza, y si este, en vez de reconocer y arrepentirse, opta por excusarse y negarlo... huya sin demora de ese lugar, en busca de pastos frescos y verdes donde su alma pueda ser verdaderamente alimentada con la Palabra de Dios.

El propio Jesús dejó establecida la señal para reconocer al pastor verdadero: «Las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las saca [...] mas al extraño no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños» (Juan 10:3-5), y añade más adelante: «Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen» (Juan 10:27). Huir de una voz extraña no constituye rebeldía ni falta de sujeción: es, según el testimonio del propio Jesús, la señal inequívoca de una oveja sana.

«Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo» (1 Juan 4:1).

No se deje seducir por el engaño. Somete cada palabra que le hayan dicho al crisol depurador de la Palabra de Dios, sin reparar en la autoridad de quien la haya pronunciado, y busque en todo momento la guía del Espíritu Santo, para no incurrir en errores que pudieran costarle nada menos que la muerte eterna.

Los creyentes de Berea nos legaron el modelo a imitar: eran «más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así» (Hechos 17:11). Ni siquiera al propio Pablo lo recibieron sin someterlo al contraste de la Escritura. Ese, y no la desconfianza sistemática ni la sumisión ciega, es el equilibrio que este libro pretende restituir: escudriñarlo todo, cada día, a la luz de la Palabra.

«Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que, teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas. Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio» (2 Timoteo 4:3-5).

Ese «pero tú» con que Pablo cierra su advertencia no es un detalle retórico menor: tras describir con crudeza la decadencia venidera, no exhorta a Timoteo a lamentarse ni a replegarse, sino a permanecer sobrio, fiel y en pie en medio de ella. Esa es, en definitiva, la invitación que encierra este primer capítulo: no rehuir el diagnóstico ni resignarse ante él, sino sostenerse firmes sobre la Palabra mientras, a nuestro alrededor, los tiempos continúan siendo, tal como Pablo lo advirtió, peligrosos.

Conviene subrayar, finalmente, que la pregunta «¿a dónde me congrego?» no admite una respuesta cómoda de tipo consumista, como quien elige un proveedor de servicios religiosos según la calidad del espectáculo dominical o la comodidad del estacionamiento. La palabra griega que el Nuevo Testamento utiliza para «congregación» es *ekklésia*, literalmente «los llamados afuera»: un pueblo convocado, no un público que consume. Congregarse, en sentido bíblico, implica someterse a un cuerpo, someterse a una disciplina, someterse a hermanos concretos con nombre y apellido, y no meramente asistir a un evento semanal del cual se puede desaparecer sin que nadie lo note ni lo eche de menos.

«No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca» (Hebreos 10:25).

El propio autor de Hebreos ata esta exhortación a la inminencia del día del Señor: precisamente porque los tiempos son peligrosos, la tentación de aislarse, de practicar una fe privada sin cuerpo ni hermanos ni rendición de cuentas, resulta más fuerte que nunca. Y es, paradójicamente, esa misma soledad autoimpuesta la que deja al creyente más expuesto al engaño que este libro se propone denunciar, pues nadie discierne con igual claridad los propios puntos ciegos sin el concurso de una comunidad que ame lo suficiente como para señalarlos.

Las tres piezas reunidas en este primer capítulo —la radiografía general de la época, el examen puntual del espíritu de Jezabel, y la pregunta práctica de dónde congregarse— convergen, en definitiva, en un mismo llamado: el discernimiento no es un don reservado a unos pocos especialistas en teología, sino una responsabilidad que la Escritura exige a todo creyente, y que solo se ejercita mediante el conocimiento profundo de la Palabra y la disposición a incomodarse a uno mismo antes de señalar a los demás.

«El principio de la sabiduría es el temor de Jehová; buen entendimiento tiene todos los que practican sus mandamientos» (Salmo 111:10).

CAPÍTULO 2 — EL CARÁCTER DE LOS HOMBRES DE LOS ÚLTIMOS TIEMPOS

De eso no se habla...

La Palabra de Dios, en 2 Timoteo 3:1 al 5, no se limita a advertirnos acerca de los acontecimientos que habrán de marcar los últimos tiempos, sino que además nos entrega un mapa preciso del estado del corazón humano. Dios no dejó a su pueblo a oscuras: a través de su Palabra nos revela con antelación cómo será el carácter de los hombres en los días finales.

No se trata únicamente de crisis externas, guerras o desastres naturales. El deterioro más profundo será interior. La Escritura revela que el verdadero termómetro de los últimos tiempos no se mide en catástrofes, sino en la conducta, los valores y las motivaciones del corazón humano. Por ello, el apóstol Pablo advierte que sobrevendrán días difíciles, y a continuación describe con precisión quirúrgica cómo será la humanidad en ese período:

«También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios...» (2 Timoteo 3:1-4).

Este retrato no fue escrito para infundir temor, sino discernimiento a la iglesia del Señor. Es, a la vez, una brújula espiritual para reconocer la época que habitamos y un llamado urgente a vivir de manera distinta.

Amadores de sí mismos y dominados por la avaricia

Pablo abre la lista con dos rasgos que funcionan como raíz de todos los demás: el amor desordenado por uno mismo y la obsesión por el dinero, «raíz de todos los males» (1 Timoteo 6:10).

En los últimos tiempos, el centro dejará de ser Dios, y también dejará de ser el prójimo: el trono quedará ocupado por el culto al yo. La Escritura describe a hombres absortos en su propia imagen, sus deseos y su conveniencia. El egoísmo se erige en norma, y la empatía se convierte en excepción.

«Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o estimará a uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas» (Mateo 6:24).

Hoy contemplamos con nitidez el cumplimiento de esta profecía: el hombre se ha convertido en ídolo de sí mismo. La apariencia, los gustos personales y el ansia de gratificación inmediata ocupan el centro de la existencia. Todo gravita en torno al «yo». Ya no se busca agradar a Dios, sino complacerse a uno mismo.

Vivimos bajo una cultura que predica que todo está permitido, que nada es objetable, y que cada uno tiene derecho a vivir para su propia gloria. Pero no existe pensamiento más peligroso ni más distante de la verdad. Cuando el hombre se instala en el trono que le pertenece únicamente a Dios, el resultado inevitable es un corazón endurecido y una fe reducida a la superficie.

A este culto al yo se suma el amor al dinero, ya no como herramienta al servicio de un propósito superior, sino como ídolo. La ambición gobierna decisiones, relaciones y principios. No son pocos quienes estarán dispuestos a sacrificar valores, familia e incluso su fe con tal de alcanzar el éxito material.

Este doble amor —a uno mismo y a las riquezas— engendra una generación que mide todo en clave de beneficio personal, donde el tener pesa más que el ser. Ese amor desmedido por uno mismo desemboca, inevitablemente, en la avaricia: la búsqueda legítima de bienestar se transmuta en ambición, y la prosperidad deja de ser un medio para convertirse en fin en sí misma.

«En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir» (Hechos 20:35).

En el camino, no pocos han olvidado lo que la Palabra enseña acerca de socorrer al necesitado. La Escritura es categórica al respecto: «Si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz,

calentaos y saciaos; pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha?» (Santiago 2:15-16).

Hoy resulta habitual justificar la indiferencia con un simple «vamos a orar», en lugar de extender la mano y compartir lo que se posee. Y lo más doloroso es que, en no pocas ocasiones, ese «vamos a orar» ni siquiera nace sincero: se convierte en una muletilla espiritual que apacigua la conciencia sin traducirse jamás en acción concreta. Dios nos prospera para bendecir a otros, no únicamente para nuestro propio confort.

Jesús mismo narró una parábola que retrata con extraordinaria vigencia este doble amor al yo y a las riquezas: la del hombre rico cuya tierra produjo tanto que decidió derribar sus graneros para construir otros mayores, sin sospechar siquiera que su propia vida terminaría esa misma noche.

«Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?... Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios» (Lucas 12:20-21).

El insensato de la parábola no cometió ningún delito visible: no robó, no engañó, simplemente organizó toda su existencia en torno a sí mismo y a su propia acumulación, sin destinar un solo pensamiento a Dios ni al necesitado. Ese es, con precisión, el retrato paulino de los últimos tiempos: no necesariamente criminales declarados, sino hombres «buenos» según el estándar del mundo, cuyo único pecado consiste en haber colocado el yo exactamente donde debía estar Dios.

El evangelio registra, además, un segundo caso igualmente instructivo: el del joven rico que se acercó a Jesús preguntando qué le faltaba para heredar la vida eterna, y que se marchó triste al descubrir el verdadero precio de seguirlo.

«Oyendo el joven esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones» (Mateo 19:22).

A diferencia del insensato de la parábola, este joven era, en apariencia, un hombre virtuoso: había guardado los mandamientos desde su juventud. Su tragedia no consistió en la maldad de sus actos, sino en la imposibilidad de soltar aquello que amaba más que a Dios cuando se le pidió que eligiera. La avaricia de los últimos tiempos rara vez se presenta como codicia burda; con frecuencia adopta el rostro respetable de quien simplemente no está dispuesto a soltar lo que posee.

Jactanciosos, soberbios y blasfemos

El jactancioso vive centrado en su propia imagen. Necesita ser visto, reconocido y aplaudido; habla incesantemente de sus logros, de lo que posee o de lo que cree ser.

«Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo» (1 Juan 2:16).

La soberbia, sin embargo, cala aún más hondo: es el corazón que se resiste a toda autoridad. El soberbio no admite corrección, no reconoce sus errores y no siente necesidad alguna de depender de Dios, pues «Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes» (Santiago 4:6).

Y, tristemente, esto no ocurre solamente fuera de la iglesia. Aun dentro de las congregaciones resulta notorio cómo muchos persiguen el aplauso o pretenden exhibir sus conocimientos bíblicos, relegando la humildad a un segundo plano. Vemos líderes, ancianos, músicos y hasta hermanos comunes adoptar actitudes soberbias, engreídas y, en ciertos casos, rayanas en la arrogancia. Se compite por posiciones, reconocimiento o visibilidad, cuando el llamado bíblico apunta exactamente en la dirección opuesta: «Que la palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría; cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales» (Colosenses 3:16).

Todo esto trae inevitablemente a la memoria la crítica que Marcos Vidal formula en su canción «Cristianos», donde retrata a creyentes que compiten entre sí por ostentar bienes materiales, como si el patio de la fe se hubiese convertido en vitrina de estatus.

La blasfemia, por su parte, también se manifiesta cuando se trivializa lo sagrado o se vive deliberadamente al margen de los mandamientos de Dios: «No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano» (Éxodo 20:7).

Cuando el hombre se exalta a sí mismo, desplaza inevitablemente a Dios de su lugar. «Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (Mateo 23:12).

El Antiguo Testamento ofrece, en la persona de Nabucodonosor, rey de Babilonia, el retrato más elocuente de adónde conduce la soberbia humana llevada a su extremo. En la cúspide de su poder, contemplando la magnificencia de la ciudad que había edificado, el monarca se atribuyó a sí mismo toda la gloria.

«¿No es esta la gran Babilonia que yo edificué... con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?... En aquella misma hora se cumplió la palabra sobre Nabucodonosor, y fue echado de entre los hombres» (Daniel 4:30-33).

Dios permitió que aquel rey, en el instante mismo de su mayor autoexaltación, fuese despojado de su razón y de su trono, hasta que reconociera —palabras del propio texto bíblico— «que el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y que a quien él quiere lo da» (Daniel 4:32). La soberbia contemporánea, disfrazada de autoestima, liderazgo o visión personal, no es menos susceptible que la de Nabucodonosor a idéntica corrección divina.

El libro de Hechos registra un episodio semejante, ya en tiempos apostólicos, protagonizado por el rey Herodes Agripa, quien aceptó sin objeción alguna que la multitud lo aclamara como a un dios durante un discurso público.

«Y el pueblo aclamaba: ¡Voz de Dios, y no de hombre! Al momento un ángel del Señor le hirió, por cuanto no dio la gloria a Dios» (Hechos 12:22-23).

El texto es preciso en señalar la causa exacta del juicio: no fue la aclamación del pueblo lo que provocó la sentencia, sino el silencio cómplice del rey, que pudiendo rechazar semejante honor reservado únicamente a Dios, optó por recibirlo con gusto. Cuántos líderes religiosos contemporáneos, sin proclamarse dioses de manera explícita, permiten en la práctica un grado de veneración personal que corresponde únicamente a Cristo, y guardan idéntico silencio cómplice frente a la idolatría que ellos mismos alimentan.

Desobedientes a los padres, ingratos e impíos

Pablo continúa describiendo a una generación que quiebra los vínculos elementales establecidos por Dios: hombres «desobedientes a los padres, ingratos, impíos...» (2 Timoteo 3:2).

La desobediencia a los padres refleja la pérdida del respeto por la autoridad y el orden familiar. Hoy contemplamos hogares donde los hijos ya no escuchan, no valoran la corrección y rechazan de plano toda disciplina.

«Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra» (Efesios 6:2-3).

Sin embargo, en no pocos casos esta realidad tiene su origen en los propios padres, que han abandonado la fijación de límites claros y han sustituido la autoridad y la enseñanza bíblica por la negociación permanente. Se conversa todo, se consulta todo, se acuerda todo, pero se corrige poco y nada. Se explica que algo está mal, mas no se establecen los límites que Dios ha dispuesto ni sus consecuencias. Y luego, cuando los hijos se rebelan, pareciera que la responsabilidad recae únicamente sobre ellos.

«Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él» (Proverbios 22:6).

Pero Dios nos ha constituido como autoridad sobre nuestros hijos, no como amigos complacientes. Un día habremos de rendir cuentas delante de él, y ¿qué le diremos? «¿Yo le advertí que estaba mal, pero no quiso obedecer...»? La Palabra nos llama a formar, corregir y guiar, no solamente a advertir, recordando que Dios mismo es «Padre de los huérfanos y defensor de viudas... en su santa morada» (Salmo 68:5): un recordatorio permanente de la responsabilidad que implica proteger y guiar a quienes dependen de nosotros.

Resulta igualmente vergonzoso constatar cómo familias que se dicen cristianas permiten que sus hijas asistan a colegios comunes vestidas como quienes desconocen la Palabra: faldas cada vez más cortas, ropa provocativa y una sensualidad completamente normalizada, sin mencionar las artimañas empleadas para alcanzar sus propósitos por cualquier vía. Y esto se comprende un poco más al observar a las madres, que en no pocos casos parecen rivalizar con sus propias hijas en vestimenta y arreglos superficiales. «No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta» (Romanos 12:2).

Y sin embargo, el domingo se los ve en las primeras bancas, con las manos en alto, adorando a Dios, e incluso sirviendo en distintos ministerios dentro de la iglesia.

Cabe destacar, además, cómo los hijos insultan a sus padres cuando no obtienen lo que desean, y cómo hoy son los propios padres quienes consultan a sus hijos de qué manera desean vivir, qué quieren hacer, qué les agrada o disgusta, en lugar de instruirlos en toda la verdad de la Palabra de Dios. «Hijo mío, guarda el mandamiento de tu padre, y no dejes la enseñanza de tu madre» (Proverbios 6:20).

La ingratitud constituye otro rasgo evidente de esta época. Vivimos rodeados de comodidades y bendiciones, pero con corazones cada vez más insatisfechos. Son muchos los que se quejan por lo que no poseen, olvidando agradecer por lo que sí han recibido. Se da por sentado el alimento, el techo, la salud, el trabajo y hasta la familia misma. Incluso ciertos «maestros» de estos días enseñan que Dios está obligado a responder a cada reclamo, como si su bendición fuese una deuda pendiente y no un acto de pura gracia. La ingratitud apaga el gozo y endurece el corazón: «Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús» (1 Tesalonicenses 5:18).

Y junto a esto se levanta la impiedad: una forma de vida en la que Dios queda relegado. No siempre se trata de ateísmo declarado, sino de cristianos nominales que profesan creer, pero viven como si Dios careciera de autoridad sobre sus decisiones. Se lo menciona, pero no se lo honra; se lo invoca, pero no se lo obedece; se participa de la actividad religiosa, pero no existe sujeción real a su Palabra. «He aquí que el que se llama a sí mismo judío, y no lo es, sino que es mentiroso; y su verdadera circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; cuya alabanza no viene de los hombres, sino de Dios» (Romanos 2:29).

La impiedad se manifiesta cuando se normaliza el pecado, cuando se relativiza la verdad bíblica y cuando se adapta el evangelio para no incomodar: una espiritualidad de superficie, sin arrepentimiento ni transformación. Son, en definitiva, iglesias hechas a la medida del cliente.

«El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo» (1 Juan 3:8).

Estos tres rasgos —desobediencia, ingratitud e impiedad— delatan un alejamiento profundo de los principios bíblicos. Donde no hay honra a los padres, no hay gratitud ni temor de Dios, el corazón se endurece y la sociedad entera se descompone.

«El principio de la sabiduría es el temor de Jehová; buen entendimiento tiene todos los que practican sus mandamientos; su loor permanece para siempre» (Salmos 111:10).

La historia del sacerdote Elí, en los albores del libro de Samuel, ilustra con crudeza a dónde conduce la ausencia de corrección paterna, aun en el seno mismo del servicio religioso. Sus hijos, Ofni y Finees, profanaban las ofrendas del Señor y cometían inmoralidad junto al tabernáculo, mientras su padre se limitaba a una reprensión tibia, desprovista de autoridad real.

«Porque yo le he manifestado que yo juzgaré su casa para siempre, por la iniquidad que él sabe; porque sus hijos han blasfemado a Dios, y él no los ha estorbado» (1 Samuel 3:13).

Adviértase la formulación exacta del juicio divino: Elí no fue condenado por practicar personalmente la iniquidad de sus hijos, sino por saberla y no corregirla con la firmeza que la situación exigía. La misma negligencia paterna que hoy se disculpa bajo el eufemismo de «darles su espacio» o «no ser tan estrictos», la Escritura la juzga como corresponsabilidad directa del padre en el pecado del hijo.

Sin afecto natural, implacables y calumniadores

Pablo prosigue describiendo el deterioro del corazón humano y menciona a personas «sin afecto natural, implacables y calumniadoras» (2 Timoteo 3:3).

Cuando la Escritura habla de «sin afecto natural», se refiere a la pérdida de ese amor elemental que debería existir entre padres e hijos, entre familiares y aun entre personas cercanas. Hoy presenciamos relaciones frías, vínculos rotos y una alarmante ausencia de compasión. Se abandona, se ignora y se descarta a las personas con una facilidad inquietante. El amor genuino ha sido desplazado por el interés personal. «El amor sea sin fingimiento. Aborreced lo malo, seguid lo bueno» (Romanos 12:9).

Tristemente, este rasgo también se manifiesta dentro del pueblo de Dios: se ha ido perdiendo el amor hacia los hermanos. Muchos pastores advierten esta realidad y predicán con insistencia sobre el amor fraternal, pero en no pocos casos ese mensaje no trasciende el sermón dominical, olvidado apenas comienza el lunes. «Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros» (Romanos 12:10).

En lugar de soportarnos y amarnos según enseña la Palabra, comenzamos a juzgar a los hermanos conforme a nuestros propios parámetros, y terminamos desechando a quien, por una palabra o un gesto, nos resultó incómodo. Se rompe la comunión por motivos insignificantes, se levantan muros donde debería reinar la gracia, y se abandona con liviandad a quien falla. «Juzgad con justo juicio» (Juan 7:24).

Luego Pablo señala que serán implacables: personas duras, desprovistas de misericordia, incapaces de perdonar. Se guarda rencor, se habita el resentimiento y se prefiere cercenar relaciones antes que restaurarlas. La gracia escasea, y la reconciliación se vuelve opcional. «Sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo» (Efesios 4:32).

Y tras todo esto emergen los calumniadores. Vivimos una época en la que hablar mal del prójimo se ha normalizado por completo. Se propagan rumores, se juzga sin conocer, se destruyen reputaciones con palabras livianas. Hoy la calumnia no solo circula de boca en boca, sino también a través de redes sociales, mensajes y comentarios: se hiere con palabras sin sopesar sus consecuencias. «No os mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos» (Colosenses 3:9).

Este mal no afecta únicamente a los creyentes comunes, sino también, en ciertos casos, a líderes y pastores capaces de abusar de su autoridad espiritual. En lugar de pastorear con amor, algunos gobiernan desde una posición vertical, olvidando que el liderazgo bíblico es servicio y cuidado, jamás control. «No ejerzáis dominio sobre los que están a vuestro cuidado, sino estad como ejemplos de la grey» (1 Pedro 5:3).

Todo esto revela corazones endurecidos, desconectados del amor de Dios. La falta de afecto, la dureza y la lengua descontrolada

son señales inequívocas de una sociedad —y aun de una iglesia— que se aleja del carácter de Cristo. «Porque la boca habla de lo que está lleno el corazón» (Mateo 12:34b).

Juan, en su primera epístola, ata directamente la falta de afecto natural hacia el necesitado con la autenticidad misma del amor de Dios en el corazón del creyente, sin dejar espacio para la piedad meramente declarativa.

«Pero el que tiene bienes de este mundo, y ve a su hermano tener necesidad, y le cierra sus entrañas, ¿cómo mora el amor de Dios en él?» (1 Juan 3:17).

No se trata de un llamado a la mera generosidad ocasional, sino de un criterio de diagnóstico espiritual: el amor de Dios que no se traduce en compasión concreta hacia el hermano necesitado —sea en bienes materiales, sea en tiempo, sea en la simple disposición a escuchar— es, según el apóstol, un amor que en realidad no habita en ese corazón, por más que se proclame en el discurso o se cante en la alabanza dominical.

Respecto de la calumnia en particular, la historia de Doeg el edomita, narrada en el libro de Samuel, ilustra hasta qué punto una lengua dispuesta a informar con malicia puede desencadenar consecuencias desproporcionadas. Doeg, deseoso de congraciarse con el rey Saúl, le reveló que el sacerdote Ahimelec había ayudado a David, provocando la masacre de ochenta y cinco sacerdotes inocentes junto con sus familias.

«Entonces respondió Doeg edomita... Y dijo el rey: Sin remedio morirás, Ahimelec, tú y toda la casa de tu padre» (1 Samuel 22:9, 16).

Doeg no mintió en sentido estricto: relató hechos verídicos. Su pecado no residió en la falsedad del contenido, sino en la malicia de la intención y en la omisión deliberada del contexto que habría exculpado al sacerdote. La calumnia contemporánea opera con frecuencia bajo idéntico mecanismo: no siempre miente abiertamente, sino que selecciona, descontextualiza y comunica con la intención precisa de dañar, escudándose después en la defensa de que «solo dijo la verdad».

Sin dominio, crueles, aborrecedores de lo bueno

Pablo continúa describiendo a hombres «sin dominio propio, crueles y aborrecedores de lo bueno» (2 Timoteo 3:3).

La falta de dominio propio se manifiesta en una generación gobernada por sus impulsos. Podría decirse, no sin cierta ironía, que muchos han trocado el dominio propio por el «demonio propio», dado que pierden todo control apenas las circunstancias se apartan de su voluntad. Se expresa cuanto se piensa sin filtro alguno, se actúa según lo que se siente sin medir consecuencias, y se vive a merced de emociones pasajeras. «El que no tiene dominio propio es como ciudad derribada, sin muro» (Proverbios 25:28).

Hoy todo exige inmediatez: el placer, la respuesta, la satisfacción. Se ha extraviado la capacidad de esperar, de negarse a uno mismo y de vivir con disciplina. «Todos los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos» (Gálatas 5:24).

Esto se manifiesta en la forma de hablar, de reaccionar, de consumir, de vincularse y hasta de creer. Muchos ya no gobiernan su carácter, su lengua ni sus deseos, y allí donde falta el dominio propio, el pecado halla terreno fértil para hacer estragos. «Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley» (Gálatas 5:22-23).

Luego Pablo menciona la crueldad. Vivimos tiempos en que la sensibilidad se ha ido apagando: se hiere sin remordimiento, se descarta a las personas apenas dejan de resultar útiles, y se disfruta del dolor ajeno desde la distancia segura de una pantalla. Existe una dureza creciente en el trato humano, una falta de compasión que se refleja tanto en la sociedad como, lamentablemente, en ciertos espacios religiosos. «Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo» (Efesios 4:32).

Y junto a esto aparece algo todavía más alarmante: hombres aborrecedores de lo bueno. Ya no basta con tolerar y justificar el pecado; se lo celebra abiertamente. Hoy a lo malo se le llama bueno, y a lo bueno se le llama malo (Isaías 5:20).

Quienes desean vivir conforme a la Palabra son tildados de santurrones, fariseos o hipócritas por quienes no manifiestan el más mínimo interés en la santidad que Dios demanda de sus hijos. La vida consagrada incomoda, molesta y expone, y por eso es atacada. «Y dirán: ¡Ay de mí! porque no hice justicia a mi prójimo, ni obedecí a la verdad; y me juzgarán por mis obras» (Ezequiel 18:30-31).

En cambio, quienes viven según sus propios deseos, sin límite ni temor de Dios, son presentados como modelos a seguir, como referentes, incluso como héroes. Se aplaude la rebeldía y se ridiculiza la obediencia. «El que es fiel en lo muy poco, también es fiel en lo más» (Lucas 16:10).

Esta inversión de valores constituye una de las señales más claras de los últimos tiempos: se trastocan los principios, se relativiza la verdad y se persigue a quien busca la santidad. «Pero tú, sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio» (2 Timoteo 4:5).

Sansón, el juez de Israel dotado de fuerza sobrehumana, constituye el retrato bíblico más elocuente de un hombre absolutamente incapaz de gobernar sus propios impulsos, pese a poseer dones extraordinarios de parte de Dios. Su historia se repite tres veces con el mismo patrón: se enamora, es advertido, ignora la advertencia, y termina pagando un precio cada vez mayor, hasta perder, finalmente, la vista y la libertad.

«Y él no sabía que Jehová ya se había apartado de él... Mas los filisteos, tomándole, le sacaron los ojos» (Jueces 16:20-21).

Lo más aleccionador del relato no es la fuerza física que Sansón perdió, sino la advertencia inicial del texto: «él no sabía» que el Espíritu del Señor se había apartado de él. La falta de dominio propio, ejercida con impunidad durante suficiente tiempo, termina por adormecer incluso la capacidad de percibir la propia pérdida espiritual, hasta que la ceguera —primero simbólica, después literal, en el caso de Sansón— se instala de manera irreversible.

La crueldad, por su parte, encuentra su primer y más elemental precedente en Caín, cuya envidia hacia la ofrenda aceptada de su hermano Abel desembocó en el primer homicidio de la historia humana, cometido, además, contra el propio hermano.

«Y se ensañó Caín en gran manera, y decayó su semblante... Y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató» (Génesis 4:5, 8).

Dios mismo advirtió a Caín, antes del homicidio, que el pecado estaba «a la puerta» y que debía enseñorearse de él (Génesis 4:7); Caín, sin embargo, prefirió enseñorearse de su hermano antes que de su propia ira. La crueldad de los últimos tiempos, en su raíz, no difiere de la de Caín: nace siempre de una emoción no gobernada a tiempo, a la que se le permitió crecer hasta desembocar en daño irreversible contra el prójimo más cercano.

Traidores, impetuosos e infatuados

Pablo continúa describiendo el carácter de los hombres en los últimos tiempos, y menciona que serán «traidores, impetuosos, infatuados» (2 Timoteo 3:4).

El traidor es aquel que no guarda lealtad. Hoy vemos con qué facilidad se rompen los pactos, cómo se abandona a las personas apenas dejan de resultar convenientes, y cómo se cambia de bando según el beneficio del momento. La fidelidad ha perdido su valor: no son pocos quienes están dispuestos a traicionar amistades, compromisos e incluso su propia fe con tal de proteger sus intereses. «Misericordia y verdad guardan al rey; y con clemencia sustenta su trono» (Proverbios 20:28).

Habla luego Pablo de los impetuosos: personas que actúan sin reflexión, que toman decisiones apresuradas y viven dominadas por reacciones emocionales. No consultan a Dios, no buscan consejo, no sopesan consecuencias; se mueven por impulso, y solo después lidian con los resultados. «El prudente ve el mal y se esconde; mas los simples pasan y reciben daño» (Proverbios 22:3).

Finalmente, menciona a los infatuados: hombres cegados por su propio orgullo, engreídos hasta perder el buen juicio, convencidos de tener siempre la razón. Se exalta el ego, se desprecia la corrección y se vive en pos del reconocimiento ajeno. «El orgullo del hombre le humillará; pero el humilde de espíritu alcanzará honra» (Proverbios 29:23).

Esto se aprecia con claridad incluso en las redes sociales, donde de manera constante aparecen «cristianos» disputando la autoría de notas, canciones, enseñanzas y contenidos diversos, convencidos de ser ellos los creadores de algo, sin reparar en que toda inspiración procede de Dios. «Porque toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia» (2 Timoteo 3:16).

Si ese fuera el criterio a aplicar, ¿cómo debería haber procedido Pablo tras escribir tantos libros del Nuevo Testamento? ¿O Moisés, a quien le fue confiado el Pentateuco? Ninguno de ellos buscó gloria personal, porque comprendían que eran, sencillamente, instrumentos en las manos de Dios. «Si alguno se gloría, gloriése en esto: en comprender y conocerme, que yo soy el Señor que hace misericordia, juicio y justicia en la tierra...» (Jeremías 9:24).

El problema de fondo sigue siendo el mismo: nuestro ego. Anhelamos reconocimiento, fama, visibilidad; deseamos ser vistos como grandes maestros de la Palabra o grandes músicos, y terminamos apropiándonos de una gloria que pertenece únicamente a Cristo. «Porque ¿quién te distingue? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorias como si no lo hubieras recibido?» (1 Corintios 4:7).

Estas actitudes revelan corazones sin sujeción a Dios. Donde faltan la fidelidad, la prudencia y la humildad, el resultado es confusión espiritual y relaciones frágiles. «El sabio de corazón aceptará los mandamientos, pero el necio de labios caerá» (Proverbios 10:8).

Ningún personaje bíblico ilustra la traición con mayor crudeza que Judas Iscariote, uno de los doce, que caminó junto a Jesús durante tres años y, sin embargo, negoció su entrega por una suma equivalente al precio de un esclavo.

«¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré? Y ellos le asignaron treinta piezas de plata... Y en seguida se acercó a Jesús y dijo: ¡Salve, Maestro! Y le besó» (Mateo 26:15, 49).

El detalle más perturbador del relato no es la traición en sí, sino el método: un beso, el gesto universal de afecto y lealtad, convertido en instrumento de entrega. La traición de los últimos tiempos rara vez se presenta con el rostro descubierto del enemigo declarado; casi siempre llega, como en Getsemaní, disfrazada del saludo de un amigo.

La impetuosidad, por su parte, tiene en el propio Pedro a uno de sus ejemplos bíblicos más entrañables. Esa misma noche en Getsemaní, sin consultar ni reflexionar, el discípulo desenvainó su espada y cercenó la oreja de un siervo del sumo sacerdote, actuando por impulso en el peor momento posible.

«Entonces Simón Pedro, que tenía espada, la sacó, e hirió al siervo del sumo sacerdote... Jesús entonces dijo a Pedro: Mete tu espada en la vaina» (Juan 18:10-11).

Jesús no aplaudió el celo de Pedro, por sincero que fuese; lo corrigió de inmediato, y sanó incluso al herido (Lucas 22:51). La impetuosidad, aun cuando nazca de buenas intenciones y de auténtico amor por Cristo, produce con frecuencia más daño que bien, precisamente porque actúa antes de pensar y golpea antes de discernir si el momento y el método son los correctos. El mismo Pedro impetuoso, purificado con los años por el fracaso y la restauración, terminaría escribiendo, ya maduro, la exhortación a la sobriedad y el dominio propio que hoy leemos en sus propias epístolas.

Amadores de los placeres más que de Dios, con apariencia de piedad

Pablo culmina esta descripción con una de sus advertencias más severas: hombres «amadores de los placeres más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella» (2 Tim. 3:4-5).

Aquí queda al descubierto la raíz de todo lo anterior. Dios deja de ocupar el primer lugar y es sustituido por el disfrute personal. No hablamos solamente de pecados manifiestos, sino de una vida entera organizada en torno al entretenimiento, la comodidad y la satisfacción propia. Todo aquello que exige compromiso espiritual es desplazado por lo que resulta más cómodo o placentero. «Porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores» (1 Timoteo 6:10).

Muchos afirman amar a Dios, pero en la práctica aman más sus hábitos, sus horarios, sus gustos y sus prioridades. Si es preciso elegir entre buscar a Dios o disfrutar del placer, suele imponerse el placer.

«No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él» (1 Juan 2:15).

Hoy también observamos cómo para muchos pesa más la aprobación de los hombres que la aprobación de Dios: se busca agradar a las personas, a los líderes o a los seguidores, incluso por encima de la voluntad divina. Algunos llegan a subordinarse más a líderes humanos que al propio Dios, confundiendo autoridad espiritual con dependencia ciega. «No sigáis a los hombres para agradar, sino a Dios que examina el corazón» (1 Tesalonicenses 2:4).

Se prioriza la apariencia por encima de la verdad. Esto resulta especialmente notorio en las redes sociales, donde muchas jóvenes — y también no pocos adultos — se exhiben en fotografías sensuales, con escasa ropa y actitudes provocativas, tras haber bloqueado previamente a quienes podrían verlas desde la iglesia. Otros publican insultos, burlas o contenidos mundanos, pero el domingo revisten su mejor semblante de santidad ante los hermanos en la congregación. «Fariseo hipócrita, limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que lo de fuera sea limpio también» (Mateo 23:26).

Poco importa cómo se vive realmente, sino qué imagen se proyecta. Se exige apariencia de piedad, aunque por dentro reine el vacío de los huesos secos y muertos. «Hipócritas, bien profetizó Isaías acerca de vosotros, diciendo: Este pueblo de labios me honra, pero su corazón está lejos de mí» (Mateo 15:8-9).

Pero lo más grave es que este fenómeno ya no se limita al plano individual: hoy vemos congregaciones enteras instaladas en esta misma lógica, comunidades llenas de personas que durante la semana viven de manera mundana y vulgar, regidas por sus propias reglas, pero que los domingos parecen ovejas santas recién salidas del redil.

Se saludan con sonrisas fingidas, pero no se soportan entre sí. Evitan cruzar palabra con su hermano, juzgan en silencio y guardan rencores mientras levantan las manos en adoración. «No améis de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad» (1 Juan 3:18).

Estas iglesias han abandonado al huérfano, al anciano y a la viuda. No visitan a los enfermos ni se conmueven ante quienes sufren. El amor práctico ha sido sustituido por programas, actividades y discursos. «Aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, defended al huérfano, amparad a la viuda» (Isaías 1:17).

Todo queda cubierto bajo un manto de piedad, mientras debajo de las alfombras se acumula una podredumbre espiritual profunda. «Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia» (Colosenses 3:12).

Hay forma de religión, pero no vida transformada. Hay rito, pero no arrepentimiento. Hay lenguaje cristiano, pero no carácter cristiano. «Porque no todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mateo 7:21).

Pablo advierte que estas personas —y estas iglesias— niegan el poder de Dios, no con palabras, sino con su manera de vivir. Rechazan la obra del Espíritu Santo, minimizan la santidad y acomodan el evangelio para no incomodar su propio estilo de vida. «Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente» (Tito 2:11-12).

Por ello, la Escritura es categórica: no basta con parecer cristiano. No alcanza con asistir a la iglesia o levantar las manos. Dios demanda una vida rendida, coherente y santa. «Así que, amados míos, como siempre habéis obedecido, no solo en mi presencia, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor» (Filipenses 2:12).

La piedad verdadera se manifiesta en cómo vivimos cuando nadie nos observa, en cómo tratamos al hermano, en cómo respondemos al necesitado, y en cuánto lugar real ocupa Cristo en nuestro día a día. «Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres» (Colosenses 3:23).

La parábola del sembrador, referida por el propio Jesús, incluye entre los factores que ahogan la semilla de la Palabra precisamente a los placeres de esta vida, colocándolos en pie de igualdad con los afanes y las riquezas como enemigos silenciosos del fruto espiritual.

«Y la que cayó entre espinos, éstos son los que oyeron, pero yéndose, son ahogados de los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto» (Lucas 8:14).

Adviértase que estos espinos no impiden que la semilla germine: la Palabra fue recibida, incluso brotó. El daño ocurre

después, de manera gradual, cuando el creyente permite que las ocupaciones legítimas de la vida diaria —el trabajo, el entretenimiento, el descanso— absorban paulatinamente el tiempo y la energía que antes dedicaba a Dios, hasta ahogar, sin violencia aparente, el fruto que la Palabra debía producir.

El Génesis narra, con notable economía de palabras, un episodio que ilustra hasta qué punto un placer inmediato puede pesar más que una herencia eterna: Esaú, agotado tras la caza, vendió su primogenitura a su hermano Jacob por un simple plato de guiso.

«Y Esaú comió y bebió, y se levantó y se fue, y menospreció así la primogenitura... no halló lugar de arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas» (Génesis 25:34; Hebreos 12:17).

El autor de Hebreos retoma este episodio siglos después como advertencia perpetua para la iglesia, calificando a Esaú de «profano», es decir, de alguien capaz de tratar lo sagrado como moneda de cambio frente a una satisfacción inmediata. Cuántas primogenituras espirituales —el llamado, el don, la comunión con Dios, la propia salvación— se negocian hoy, de manera igualmente impulsiva, a cambio de un plato de guiso pasajero, con la diferencia de que el guiso contemporáneo rara vez tiene siquiera el mérito de saciar el hambre real del alma.

Ya vivimos los tiempos peligrosos

Lo que Pablo describe no es un relato ficticio ni una exageración retórica: es la radiografía de la humanidad cuando se aparta de Dios. Estas actitudes, estos corazones endurecidos, esta vida centrada en uno mismo, son señales inequívocas de los últimos tiempos. No podemos cerrar los ojos ni minimizar esta realidad.

«Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor» (Mateo 24:42).

Pero hay esperanza para quienes verdaderamente aman al Señor y caminan en su Palabra. Dios no nos deja indefensos: nos concede discernimiento, fortaleza y guía a través del Espíritu Santo. La advertencia es clara: permanecer alerta, vigilar nuestro propio corazón y no permitir que el mundo nos arrastre hacia actitudes contrarias a su voluntad.

«Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar» (1 Pedro 5:8).

Abrir los ojos significa reconocer la verdad, discernir lo correcto y actuar conforme a la Escritura. Significa mantenernos firmes en la fe, en la humildad, en la obediencia y en la santidad, aun cuando todo a nuestro alrededor normalice justamente lo contrario.

«Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo» (Efesios 6:11).

«Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados; y andad en amor, como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante» (Efesios 5:1-2).

Para los hijos de Dios, cada día constituye una oportunidad de reflejar su luz en medio de la oscuridad, de vivir con integridad y de convertirse en instrumentos de amor, justicia y verdad.

«Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mateo 5:16).

La clave está en no conformarnos, en no dejarnos moldear por la corriente del mundo, sino en permanecer atentos, arraigados en la Palabra y sostenidos por la esperanza y el gozo que solo Cristo puede otorgar. Abramos los ojos, vigilemos, y vivamos con el corazón puesto en lo eterno, porque Dios continúa siendo el Rey, y su poder transforma a quienes le pertenecen.

«No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta» (Romanos 12:2).

«El Señor es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? El Señor es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?» (Salmo 27:1).

Jesús mismo, al ser consultado sobre las señales de su venida, remitió a sus discípulos a un precedente histórico concreto, no a una especulación abstracta sobre el futuro: los días de Noé, inmediatamente anteriores al diluvio.

«Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre... y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos» (Mateo 24:37-39).

Lo más inquietante del pasaje no es la corrupción moral de aquella generación, sino la absoluta normalidad con que la vivían: «comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento» (v. 38), ajenos por completo a la inminencia del juicio, hasta que fue, literalmente, demasiado tarde para reaccionar. Los tiempos peligrosos, en definitiva, no se caracterizan tanto por la maldad evidente y escandalosa, sino por la cotidianidad con que esa maldad se vive, se normaliza y se transmite de generación en generación, sin que nadie repare en la urgencia del momento.

El pudor perdido: hijas y madres en la misma vitrina

Resulta igualmente vergonzoso constatar cómo familias que se dicen cristianas permiten que sus hijas asistan a colegios comunes vestidas como quienes desconocen la Palabra: faldas cada vez más cortas, ropa provocativa y una sensualidad completamente normalizada, sin que en el hogar nadie fije un límite. Se ha vuelto costumbre ver a jovencitas de doce, trece o catorce años vestidas con una intención que, hace apenas veinte años, solo se observaba en mujeres adultas que buscaban deliberadamente llamar la atención. Y lo más grave no es únicamente la prenda, sino la ausencia total de pudor al exhibirse así: la naturalidad con que se sube una fotografía, se posa ante la cámara, se persigue la mirada ajena.

«Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinados ostentosos, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad» (1 Timoteo 2:9-10).

Este mandato no nació de un espíritu legalista ni represivo: nació del corazón de un Dios que ama a sus hijas y no desea verlas convertidas en objeto, ni de la mirada ajena ni de su propia inseguridad.

Y esta realidad se comprende algo mejor al observar a las madres, que en no pocos casos parecen rivalizar con sus propias hijas en vestimenta, arreglos personales y exposición en redes sociales. No resulta extraño hallar a una madre publicando fotografías con idéntica actitud, idéntico tipo de vestuario, idéntica búsqueda de aprobación que su hija adolescente. ¿Con qué autoridad podría esa madre corregir

lo que ella misma practica? ¿Con qué autoridad moral se fija un límite si el ejemplo del hogar apunta en la dirección exactamente contraria?

«No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta» (Romanos 12:2).

El problema de fondo no reside en la prenda misma —sería reducir el asunto a una cuestión de centímetros de tela—, sino en el corazón que hay detrás: la necesidad desesperada de validación externa, de likes, de miradas, de sentirse deseada o admirada, en lugar de buscar la aprobación de Dios, que contempla el corazón y no las apariencias.

«Porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón» (1 Samuel 16:7).

Pedro lo expresa con una claridad que incomoda a la cultura contemporánea:

«Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios» (1 Pedro 3:3-4).

No se trata de ocultar la belleza que Dios mismo diseñó, sino de no convertirla en la moneda con la que se compra aceptación.

Job, el hombre que la propia Escritura califica de perfecto y recto, temeroso de Dios (Job 1:1), nos legó una disciplina espiritual poco predicada hoy, tanto para varones como para mujeres: el pacto deliberado con la propia mirada, establecido antes de que la tentación se presentara, no después.

«Hice pacto con mis ojos; ¿cómo, pues, había yo de mirar a una virgen?» (Job 31:1).

El pacto de Job no consistía en evitar el pecado una vez desatada la tentación, sino en un compromiso previo, deliberado, con la propia mirada, adoptado precisamente para no llegar jamás al punto de necesitar semejante fuerza de voluntad. Este principio corre en ambas direcciones: exige tanto de quien se expone como de quien mira, y ninguna de las dos partes queda eximida de responsabilidad. La cultura contemporánea de la exhibición selectiva en redes sociales y la cultura paralela del consumo visual desenfrenado son, en el fondo, dos caras de la misma incapacidad para sostener el pacto de Job.

Y esto tampoco queda fuera de la iglesia. El domingo, esas mismas jóvenes —y en ocasiones esas mismas madres— ingresan al templo con otra ropa, con otro semblante, cumpliendo el protocolo de «vestirse para Dios» mientras el resto de la semana visten y actúan para el mundo. Es, exactamente, el mismo patrón ya descrito: fariseísmo moderno, apariencia de piedad que niega su propia eficacia. No hay coherencia entre el lunes y el domingo, y los hijos —varones y mujeres por igual— aprenden de esa doble vida mucho más de lo que aprenderán jamás de cualquier sermón.

«Teniendo apariencia de piedad, pero negando la eficacia de ella; a estos evita» (2 Timoteo 3:5).

Criar hijas en estos tiempos exige una valentía poco frecuente: la valentía de fijar límites que el mundo entero califica de «anticuados», «represivos» o «religión de otra época». Exige que un padre y una madre estén dispuestos a incomodar a su propia hija con un «no» cuando haga falta, a sabiendas de que ese «no» puede enojarla hoy, pero puede protegerla mañana de una exposición que, a esa edad, todavía no alcanza a dimensionar.

«Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él» (Proverbios 22:6).

Instruir no es sugerir: es formar con autoridad amorosa, aunque el precio de esa formación sea, muchas veces, incómodo.

Dieciocho rasgos, dos piezas, un mismo diagnóstico: el corazón humano, dejado a su propia inclinación, deriva siempre hacia el yo y jamás hacia Dios por iniciativa propia. Ninguno de los personajes bíblicos aquí evocados —el rico insensato, Nabucodonosor, los hijos de Elí, Sansón, Judas, Esaú— comenzó su historia proponiéndose la ruina; todos ellos, sin excepción, fueron cediendo terreno en pequeñas decisiones cotidianas, hasta que la acumulación de esas concesiones menores desembocó en la catástrofe mayor que hoy conocemos por sus nombres.

«Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida» (Proverbios 4:23).

CAPÍTULO 3 — EL ENGAÑO

Mirad que nadie os engañe

Junto a la degradación moral ya descrita en el capítulo anterior, se constata que el amor fraternal —ese vínculo que debería distinguir al pueblo de Dios ante el mundo— parece haberse extinguido en buena parte de la iglesia contemporánea.

«Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará» (Mateo 24:12).

Hoy, con creciente frecuencia, se buscan pretextos para albergar resentimiento contra los hermanos en la fe. Con ligereza se los tilda de «hipócritas» o «falsos», sin advertir que es el propio amor de quien juzga el que se ha ido apagando, y la propia comunión la que se resquebraja en el proceso.

«El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas» (1 Juan 2:9).

Este escenario constituye el fruto natural del engaño que el propio Jesucristo profetizó en Mateo 24. Cuando sus discípulos le preguntaron por las señales del fin, la primera palabra que salió de sus labios no versó sobre guerras, ni sobre prodigios celestes, ni sobre catástrofes naturales. Fue, ante todo, una advertencia sobre el engaño:

«Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán» (Mateo 24:4-5).

Conviene detenerse en el verbo que emplea el texto griego original, *planáo*, del cual deriva nuestra palabra «planeta»: designaba, precisamente, a esos astros errantes que los antiguos observaban desplazarse sin rumbo fijo entre las estrellas fijas. Ser engañado, en este sentido bíblico, no es simplemente creer una mentira puntual, sino extraviarse de una trayectoria, comenzar a errar sin advertirlo, como quien se desvía unos pocos grados de su rumbo y, kilómetros después, descubre que se encuentra en una costa completamente distinta a la que buscaba.

El engaño, la confusión y las falsas doctrinas se han convertido en la moneda corriente de nuestros días. Cada jornada se multiplican

los falsos apóstoles y los falsos profetas que se levantan dentro de las iglesias enseñando falsas doctrinas y doctrinas de demonios, tal como lo anticipó la Palabra. Estos mercaderes de la fe son, en esencia, hombres amadores de sí mismos, que persiguen dinero, fama y placer, insistiendo incluso en asuntos que distraen de la cruz mientras ignoran las señales verdaderas: hambres, guerras, pestilencias y terremotos.

«Hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras» (2 Pedro 2:1).

Esta invasión de mentira arrastra a los creyentes con cualquier viento de doctrina, dejándolos sin cimiento y expuestos al error.

«Para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error» (Efesios 4:14).

Ya en el Antiguo Testamento, Dios había establecido un criterio objetivo para discernir al falso profeta del verdadero, alejado de toda subjetividad emocional: la conformidad de su mensaje con la revelación ya entregada, y el cumplimiento efectivo de lo profetizado.

«Cuando el profeta hablare en nombre de Jehová, y no se cumpliere lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha hablado; con presunción la habló el tal profeta; no tengas temor de él» (Deuteronomio 18:22).

«Mirad que nadie os engañe» no constituye, entonces, una advertencia pasiva, sino una orden activa. Implica vigilancia constante, conocimiento profundo de la Palabra y discernimiento espiritual ejercitado. El engañado, por definición, rara vez sabe que lo está siendo; por ello el mandato de Cristo no consiste en «desconfíen de todos», sino en algo más exigente: conocer tan íntimamente la voz del Pastor, que ninguna otra voz logre arrastrar a la oveja fuera del redil.

«Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen» (Juan 10:27).

El engaño mesiánico, por lo demás, no fue una novedad del siglo veintiuno ni siquiera del primer siglo cristiano en su fase tardía: ya proliferaba en tiempos de los propios apóstoles. El fariseo Gamaliel, dirigiéndose al Sanedrín que deliberaba sobre qué hacer con los seguidores de Cristo, recordó dos precedentes recientes: cierto

Teudas, que se levantó jactándose de ser alguien, y tras él Judas el galileo, ambos con un número considerable de seguidores, y ambos disueltos y desaparecidos tan pronto como sus cabecillas fueron muertos.

«Porque antes de estos días se levantó Teudas, diciendo ser alguien; a éste se agregó un número de hombres como cuatrocientos... Después de éste, se levantó Judas el galileo... Este también pereció, y todos los que le obedecían fueron dispersados» (Hechos 5:36-37).

El propio Gamaliel extrajo de estos precedentes un principio de discernimiento que la iglesia contemporánea haría bien en recordar: «si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá; mas si es de Dios, no la podréis destruir» (Hechos 5:38-39). El tiempo, en definitiva, funciona como criba: todo movimiento fundado en la persona de un hombre, por carismático que resulte, tarde o temprano se desmorona junto con él; solo lo edificado sobre Cristo permanece en pie a través de las generaciones.

Junto al criterio del tiempo, la Escritura ofrece un segundo instrumento de discernimiento, más inmediato y de aplicación cotidiana: el examen del fruto. Jesús fue explícito al respecto, y su enseñanza no admite ambigüedad alguna:

«Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos» (Mateo 7:16-17).

El fruto al que se refiere el texto no equivale, necesariamente, a resultados visibles como multitudes, edificios o cifras de seguidores en redes sociales —criterios, dicho sea de paso, con los que el mundo mide el éxito y que la iglesia, lamentablemente, ha adoptado sin demasiado discernimiento—, sino al carácter moral y espiritual que ese ministerio produce en las vidas que toca: ¿engendra humildad o soberbia? ¿Produce siervos o súbditos? ¿Conduce a Cristo o al propio predicador? El apóstol Juan añade todavía un tercer criterio, de naturaleza estrictamente doctrinal, para complementar el del tiempo y el del fruto:

«En esto conoced el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios» (1 Juan 4:2-3).

Pero Juan no se detiene allí. En el mismo pasaje, apenas dos versículos después, introduce un cuarto criterio de discernimiento, quizás el más personal e íntimo de todos: la disposición del oyente hacia el mensaje recibido.

«Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error» (1 Juan 4:6).

Adviértase que el apóstol no remite aquí a un examen objetivo de señales externas, sino a una realidad más profunda: la afinidad espiritual entre el mensajero fiel y el oyente genuino. Quien es de Dios reconoce la voz de Dios cuando suena a través de sus siervos; quien no lo es, por más que asista a la congregación o participe del culto, permanece sordo a esa misma voz. El espíritu de verdad y el espíritu de error no se distinguen únicamente por el contenido doctrinal que se enseña, sino también por la resonancia que ese contenido encuentra en el corazón de quien lo recibe. La verdad atrae a quienes aman la verdad; el error atrae a quienes, en el fondo, prefieren no ser confrontados.

Tiempo, fruto, doctrina y espíritu: cuatro pruebas convergentes, ninguna de ellas dependiente del carisma personal del maestro ni de la emoción que despierte su discurso, que la Escritura pone a disposición de todo creyente dispuesto a ejercerlas con honestidad, incluso —y sobre todo— cuando el resultado del examen resulte incómodo.

El doble rostro de la seducción final

Pero el engaño de los últimos tiempos no se agota en la palabra falsa: la Escritura advierte que, en su forma más avanzada, vendrá acompañado de un poder que imita, con notable eficacia, las señales genuinas del Espíritu. Pablo ya había alertado a los corintios sobre la posibilidad de recibir «otro Jesús», «otro espíritu» y «otro evangelio» bajo apariencia de autenticidad apostólica.

«Porque si viene alguno predicando a otro Jesús que el que os hemos predicado, o si recibís otro espíritu que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que habéis aceptado, bien lo toleráis» (2 Corintios 11:4).

La advertencia paulina no admite matices ni excepciones pastorales: cualquier evangelio distinto al ya entregado, aunque proceda de un ángel del cielo, queda bajo maldición.

«Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema» (Gálatas 1:8).

Y este engaño final, según Pablo describe a los tesalonicenses, no vendrá desprovisto de manifestaciones espectaculares: vendrá, precisamente, acompañado de ellas, como parte esencial de su poder de seducción.

«Inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos» (2 Tesalonicenses 2:9-10).

Aquí reside, quizás, el error de discernimiento más extendido en nuestros días: suponer que toda manifestación sobrenatural constituye, por ese solo hecho, evidencia de la presencia de Dios. La Escritura enseña justamente lo contrario: lo sobrenatural, en sí mismo, no certifica nada; puede provenir tanto del Espíritu de Dios como de un espíritu de engaño revestido de poder. El libro del Apocalipsis retrata, con crudeza, a una bestia capaz de hacer «grandes señales», incluso de hacer descender fuego del cielo ante los ojos de los hombres, precisamente para engañar a los moradores de la tierra.

«Y hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres. Y engaña a los moradores de la tierra» (Apocalipsis 13:13-14).

El criterio bíblico, entonces, jamás puede ser «lo vi con mis propios ojos, luego es de Dios». El criterio bíblico sigue siendo, invariablemente, la conformidad del mensaje y del mensajero con la Palabra ya revelada, tal como enseñan Deuteronomio 18, Mateo 7 y 1 Juan 4, ya citados en este mismo capítulo. Ningún prodigio, por espectacular que resulte, tiene autoridad para reescribir lo que Dios ya estableció por escrito.

La cizaña entre el trigo

Cabe entonces preguntarse por qué Dios permite que el engaño y la falsedad convivan, durante tanto tiempo, junto a la verdad dentro de la propia iglesia visible, sin erradicarlos de inmediato. Jesús mismo respondió a esta inquietud mediante una de sus parábolas menos cómodas:

«El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo... Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega» (Mateo 13:24-25, 30).

Los propios discípulos pidieron después a Jesús que les explicara el sentido de la parábola, y Él fue explícito: el campo es el mundo, la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del maligno, sembrados por el enemigo mismo.

«El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre ... la cizaña son los hijos del malo, y el enemigo que la sembró es el diablo... dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega» (Mateo 13:37-39, 30).

Esta parábola no autoriza en absoluto la pasividad ni la indiferencia doctrinal —de hecho, discernir la cizaña del trigo es, precisamente, la tarea que ocupa buena parte de este libro—, pero sí explica por qué la erradicación final y definitiva del engaño no corresponde a la iglesia, sino al propio Señor, en el tiempo de la siega. Mientras tanto, nuestra responsabilidad no consiste en arrancar prematuramente lo que solo Dios puede juzgar con precisión perfecta, sino en permanecer firmemente arraigados como buena semilla, y en no dejarnos seducir por la mera apariencia de crecimiento que también exhibe la cizaña.

Se juntarán maestros que les digan lo que quieren oír

Pablo no se limitó a advertir sobre el engaño que llega desde afuera; también denunció un engaño más sutil, y quizás más peligroso: aquel que el propio creyente busca activamente, cuando prefiere una palabra que halague antes que una verdad que confronte.

«Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que, teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas» (2 Timoteo 4:3-4).

La expresión «comezón de oír» —del griego *knéthomai*, literalmente «picazón», «prurito»— describe con precisión casi clínica lo que hoy acontece en tantas congregaciones: una picazón espiritual que solo se calma escuchando aquello que ya se ha decidido creer de antemano. No se busca la verdad para someterse a ella, sino un maestro dispuesto a confirmar lo que uno ya eligió vivir. Y cuando un pastor se rehúsa a complacer ese apetito, sencillamente se cambia de congregación hasta hallar uno que sí lo haga.

Esto explica, en buena medida, el auge de los evangelios de la prosperidad, de los «decretos» y de las promesas desprovistas de arrepentimiento: difícilmente gozarían de tanta popularidad si no existiera, primero, una multitud dispuesta a pagar el precio de escuchar únicamente lo que le resulta agradable.

La semilla ahogada entre espinos

El propio Jesús había anticipado, en la parábola del sembrador, el mecanismo exacto por el cual una multitud puede recibir la Palabra con entusiasmo inicial y, sin embargo, terminar sin fruto alguno, ahogada no por persecución externa, sino por sus propias prioridades mal ordenadas.

«El que fue sembrado entre espinos, éste es el que oye la palabra, pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa» (Mateo 13:22).

Nótese que el propio texto llama «engaño» a las riquezas: no se trata, entonces, únicamente del engaño doctrinal explícito de un falso maestro, sino de un engaño más silencioso, que opera incluso sobre corazones que en apariencia sí recibieron la Palabra genuina. El evangelio de la prosperidad no inventa un deseo nuevo en el corazón humano; simplemente lo bautiza, revistiendo de lenguaje espiritual al mismo afán del siglo que Jesús ya había identificado como enemigo silencioso del fruto.

El Antiguo Testamento ofrece un episodio que ilustra este mecanismo con extraordinaria precisión: cuando el rey Acab — esposo, precisamente, de Jezabel, la figura ya estudiada en el capítulo primero— consultó a cuatrocientos profetas antes de ir a la guerra, todos ellos, sin excepción, profetizaron la victoria que el rey deseaba escuchar. Solo un profeta, Micaías hijo de Imla, se atrevió a anunciar la verdad, y el propio rey confesó, antes incluso de que hablara, la raíz de su rechazo:

«Y el rey de Israel dijo a Josafat: Aún hay un varón por quien se puede consultar a Jehová, Micaías hijo de Imla; más yo le aborrezco, porque nunca me profetiza bien, sino solamente mal» (1 Reyes 22:8).

El propio mensajero que fue a buscarlo le insistió a Micaías para que se alineara con el consenso de los demás profetas y anunciara también él cosas favorables al rey; Micaías respondió con una de las frases de mayor integridad profética registradas en toda la Escritura:

«Vive Jehová, que lo que Jehová me hablare, eso diré» (1 Reyes 22:14).

Ese es, en definitiva, el llamado que distingue al verdadero siervo de Dios del mercenario que se amontona entre los maestros de comezón de oír: hablar lo que Dios ha dicho, no lo que el auditorio desea escuchar, aun a riesgo de ser, como Micaías, el único disidente en medio de cuatrocientas voces complacientes.

El profeta Isaías ya había retratado este mismo espíritu siglos antes de Cristo: un pueblo que exige a sus profetas que le mientan, con tal de no ser incomodado.

«Que dicen a los videntes: No veáis; y a los profetas: No nos profeticéis lo recto; decidnos cosas halagüeñas, profetizad mentiras» (Isaías 30:10).

La sana doctrina, por definición, incomoda antes de sanar; opera como el cirujano que corta antes de curar. Un evangelio que jamás confronta el pecado no es el evangelio de Cristo, por más que invoque su nombre en cada frase.

«Porque toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia» (2 Timoteo 3:16).

Adviértase que la Escritura no se limita a enseñar: también redarguye y corrige. Un cristianismo que solo desea conservar la parte

que enseña y consuela, pero rechaza aquella que redarguye y corrige, no es sino un cristianismo hecho a medida del hombre, y no de Dios.

La responsabilidad, en consecuencia, no recae exclusivamente sobre los falsos maestros que se amontonan para saciar oídos golosos. Recae también sobre cada creyente que optó por taparse los oídos ante la verdad, por resultarle incómoda. Ambos son responsables ante Dios: el que engaña por interés, y el que se deja engañar por comodidad.

«Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio» (2 Timoteo 4:5).

El profeta Jeremías, siglos antes que Pablo, ya había diagnosticado con crudeza esta misma complicidad entre el maestro que miente y el pueblo que prefiere la mentira, negándose a atribuir la culpa exclusivamente a uno de los dos bandos:

«Los profetas profetizaron mentira, y los sacerdotes dirigían por manos de ellos; y mi pueblo así lo quiso. ¿Qué, pues, haréis cuando llegue el fin?» (Jeremías 5:31).

Adviértase la fórmula: «y mi pueblo así lo quiso». No se trata de ovejas indefensas, engañadas contra su voluntad por pastores inescrupulosos, sino de un pueblo que, activamente, prefirió la mentira reconfortante por sobre la verdad incómoda, y sostuvo económica y emocionalmente a los profetas dispuestos a suministrársela.

Nubes sin agua: el rostro moderno del mercenario

El fenómeno contemporáneo de los «influencers» cristianos —maestros que edifican audiencias masivas a fuerza de decir, semana tras semana, exactamente lo que su público espera oír— no constituye sino la versión digital de idéntico mecanismo: el algoritmo, en este caso, sustituye al templo, pero la comezón de oír permanece intacta. La lógica del algoritmo, además, agrava el problema descrito por Jeremías: premia sistemáticamente el contenido que genera mayor adhesión emocional inmediata, y castiga con el silencio y el olvido cualquier mensaje que incomode, corrija o confronte. El mercenario espiritual de hoy no necesita ni siquiera proponérselo: el propio sistema lo empuja, algoritmo mediante, hacia la comezón de oír.

La epístola de Judas, la más breve del Nuevo Testamento y quizás la más urgente en su tono, ya había anticipado con imágenes de sorprendente vigencia el retrato de estos maestros que se infiltran buscando únicamente beneficio propio:

«Estos son manchas en vuestros ágapes, que comiendo impúdicamente con vosotros se apacientan a sí mismos; nubes sin agua, llevadas de acá para allá por los vientos; árboles otoñales, sin fruto, dos veces muertos y desarraigados; fieras ondas del mar, que espuman su propia vergüenza; estrellas errantes, para las cuales está reservada eternamente la oscuridad de las tinieblas» (Judas 1:12-13).

«Nubes sin agua»: prometen lluvia allí donde el campo reseco más la necesita, pero jamás la entregan, porque no llevan agua verdadera dentro de sí, solamente apariencia de nube. «Estrellas errantes»: el mismo vocablo emparentado con planeo que abrió este capítulo, aplicado ahora a los maestros mismos, no solo a sus víctimas; astros que carecen de posición fija en el firmamento y que, por definición, no pueden servir de referencia segura a quien pretenda orientarse por ellos en la oscuridad. Judas no describe aquí a enemigos externos de la fe, sino a comensales que se sientan a la misma mesa de comunión, «manchas en vuestros ágapes», alimentándose de la congregación en lugar de alimentarla.

Frente a este diagnóstico, la Escritura no propone como remedio una simple advertencia hacia los demás, sino, ante todo, un ejercicio de examen propio. Antes de preguntarse qué maestros escuchar, todo creyente honesto debería preguntarse primero si su propio oído padece ya esa comezón que Pablo describe: ¿busco la Palabra para ser transformado por ella, o para hallar en ella la confirmación de lo que ya decidí creer?

«Por tanto, el que piensa estar firme, mire que no caiga... Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos» (1 Corintios 10:12; 2 Corintios 13:5).

El remedio: amar la verdad

Pablo, al describir a quienes serían engañados por el inicuo y sus prodigios mentirosos, no atribuyó la causa última de su ruina al poder del engañador, sino a una carencia previa en el propio corazón

de la víctima: «no recibieron el amor de la verdad para ser salvos» (2 Tesalonicenses 2:10). El problema, en el fondo, jamás fue únicamente la sofisticación del engaño, sino la ausencia de un amor genuino por la verdad que hiciera a esos corazones inmunes a él desde el principio. Se puede conocer intelectualmente la sana doctrina y, aun así, no amarla lo suficiente como para preferirla sobre la comodidad de una mentira agradable.

Amar la verdad no es, entonces, un ejercicio meramente intelectual, de acumulación de datos bíblicos correctos, sino una disposición del corazón: la voluntad de ser corregido antes que halagado, de ser transformado antes que confirmado en lo que ya se creía. Esa disposición, y no la erudición teológica por sí sola, es la que finalmente distingue a la oveja que reconoce la voz del Pastor de aquella que termina siguiendo, sin saberlo, a una estrella errante.

Ese «pero tú», con que Pablo interpela directamente a Timoteo en medio del cuadro de decadencia que acaba de describir, resume el llamado de todo este capítulo: no ceder ante la comezón de oír propia ni ajena, sino permanecer fiel a la Palabra tal como fue entregada, aunque ello implique, como a Micaías, quedar en franca minoría.

CAPÍTULO 4 — FALSOS APÓSTOLES Y FALSO EVANGELIO

La nueva reforma apostólica

Pablo, escribiendo a los corintios, no dejó lugar a dudas sobre la naturaleza de quienes hoy se autoproclaman apóstoles con potestad equivalente —cuando no superior— a la de los doce.

«Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras» (2 Corintios 11:13-15).

Conviene detenerse en el verbo que emplea Pablo: *metaschematízo*, «disfrazarse», «transfigurarse externamente», del cual deriva nuestro vocablo «esquema». No se trata de una falsificación burda, fácilmente detectable, sino de una imitación cuidadosamente esquematizada, que conserva el vocabulario, los gestos y hasta la retórica emocional del apostolado genuino, mientras vacía por completo su contenido.

El fenómeno conocido como Nueva Reforma Apostólica ha popularizado, en las últimas décadas, un vocabulario que se presenta a sí mismo como profético y sobrenatural, pero que, examinado a la luz de la Escritura, revela una construcción ajena por completo al texto bíblico: portales dimensionales, alineaciones proféticas asociadas a números específicos, ángeles de sanidad que descienden sobre las aguas, milagros financieros y legales «ejecutados» por decreto verbal. Basta con preguntarse, con la sobriedad que exige Pablo, en qué pasaje de la Escritura se sustenta cada una de estas afirmaciones, para constatar que se trata de una teología construida al margen del canon, no a partir de él.

«Por sus frutos los conoceréis» (Mateo 7:20).

No debería sorprender que semejantes aberraciones proliferen con tanta libertad, puesto que combaten directamente la sana doctrina de Cristo y la fe genuina de sus hijos. El profeta Jeremías, siglos antes

de que existiera internet o las redes sociales, ya había denunciado idéntico fenómeno de proliferación profética sin mandato divino:

«No os engañen vuestros profetas que están entre vosotros, ni vuestros adivinos; ni atendáis a los sueños que soñáis. Porque falsamente os profetizan ellos en mi nombre; no los envié, ha dicho Jehová» (Jeremías 29:8-9).

Adviértase la fórmula divina: «no los envié». El problema de fondo no reside únicamente en el contenido herético de lo que enseñan estos hombres, sino en la ausencia total de comisión legítima. Se autoproclaman, se ordenan mutuamente, se otorgan títulos entre sí en una cadena de reconocimiento puramente humana, sin que en ningún punto del proceso medie un llamado verificable de Dios.

Los falsos apóstoles siempre han existido

Conviene no caer en la ingenuidad de suponer que este fenómeno constituye una novedad del presente siglo. Ya en la iglesia primitiva, los verdaderos apóstoles debieron enfrentar la infiltración de falsos maestros, apóstoles y profetas; este fue, de hecho, el tema central que motivó buena parte de las epístolas neotestamentarias. Pedro describió con precisión sus rasgos característicos, en términos que hoy podrían aplicarse sin modificación alguna:

«Hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y hasta negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán su libertinaje, y por causa de ellos, el camino de la verdad será blasfemado. Llevados por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas» (2 Pedro 2:1-3).

El propio Jesús anticipó a sus discípulos idéntico peligro: «porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos» (Mateo 24:24). El Señor mismo presentó el panorama de los últimos tiempos como una etapa de crisis en la fe, al punto de preguntarse retóricamente si, cuando volviera, hallaría fe genuina sobre la tierra (Lucas 18:8).

En la etapa apostólica, estos falsos ministros intentaron introducir herejías tales como el gnosticismo, el legalismo mosaico impuesto sobre los gentiles, la mundanización de la iglesia y la negación de la segunda venida de Cristo; muchos, hoy, ensayan variantes actualizadas de las mismas desviaciones antiguas, con vocabulario renovado pero idéntica raíz. Por ello las epístolas neotestamentarias enfatizan, una y otra vez, temas como la salvación por la fe, la relación entre obra y gracia, la segunda venida de Jesús, la separación de la iglesia respecto del mundo, y la disposición a padecer como fieles cristianos: precisamente los puntos que la falsa apostolicidad contemporánea prefiere silenciar o distorsionar.

Todo aquel que se declare cristiano o hijo de Dios debería, en consecuencia, someter primero cada palabra que escucha al crisol de la Escritura, para no ser arrastrado como niño fluctuante por cualquier viento de doctrina, mediante la estratagema de hombres que, para engañar, emplean con astucia las artimañas del error.

«Para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error» (Efesios 4:14).

El deseo de poder y riquezas

Esta corriente apostólica esconde, en el fondo de sus integrantes, un apetito de poder y de riqueza que rara vez se declara abiertamente, pero que se manifiesta con claridad en el fruto: la llamada «teología de la prosperidad», que en rigor merecería llamarse teología de la codicia. Estos falsos ministros extorsionan, bajo el disfraz de pactos, decretos y proclamas proféticas, palabras que se envuelven convenientemente según el monto de la ofrenda entregada, prometiendo bendiciones a la medida del billete depositado.

Muchos de estos falsos hermanos —la expresión es de Pablo mismo (Gálatas 2:4)— se han infiltrado en organizaciones pastorales y confraternidades enteras, ejerciendo control mediante politiquería barata y mentiras antibíblicas, haciendo creer a las congregaciones que todas deben someterse a sus fraudulentas coberturas, coberturas que en la práctica se traducen únicamente en diezmos adicionales,

cuotas de ingreso, ofrendas especiales y un amplio catálogo de mercadería religiosa.

«Sobre los tales ya hace tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme» (2 Pedro 2:3b).

Disfrazan de espiritualidad apostólica un hambre de reconocimiento, de poder y de dinero que únicamente engorda sus cuentas bancarias y sus propios vientres. Muchos pastores humildes, carentes de un conocimiento bíblico profundo que les permita discernir el engaño, terminan arrastrados por mensajes de éxito, prosperidad y exaltación humana que estos apóstoles fraudulentos predicán con notable eficacia retórica.

Una característica adicional de estos hombres merece señalarse: la importancia desmedida que otorgan al título y a la posición jerárquica, exigiendo ser llamados «apóstol», título que, dicho sea con franqueza, con frecuencia han obtenido mediante compra a otro apóstol ya reconocido, cuyo precio varía según la fama de quien ejecuta el acto de reconocimiento. No se constituyen apóstoles conforme al patrón bíblico —llamado directo de Cristo, confirmado por señales y por el reconocimiento de la iglesia (Hechos 1:21-22; 2 Corintios 12:12)—, sino como título honorífico que confiere autoridad para introducir nuevas revelaciones y reclamar dominio sobre la congregación.

El libro de Hechos registra, ya en la generación apostólica, un precedente exacto de esta compraventa de autoridad espiritual: Simón, el mago de Samaria, que tras presenciar cómo los apóstoles imponían las manos para impartir el Espíritu Santo, ofreció dinero a cambio de recibir idéntica potestad.

«Diciendo: Dadme también a mí este poder, para que a cualquiera que yo impusiere las manos, reciba el Espíritu Santo... Pero Pedro le dijo: Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero» (Hechos 8:19-20).

El paralelo con el mercado contemporáneo de títulos apostólicos resulta inevitable: lo que Pedro condenó con la máxima severidad, hoy se practica abiertamente entre quienes negocian el reconocimiento de «apóstol» a cambio de sumas que varían según la fama de quien confiere el título. El pecado de Simón no consistió en desear el poder espiritual en sí, sino en suponer que ese poder podía adquirirse por la vía comercial, exactamente como se adquiere

cualquier otra mercancía terrenal; la simonía, término que la teología acuñó a partir de este episodio, describe con precisión milimétrica el mecanismo que opera hoy dentro de la Nueva Reforma Apostólica.

Frente a semejante panorama, aunque poco parezca poder hacerse desde la posición del creyente común, cada cristiano está llamado a continuar anunciando el verdadero evangelio de la cruz, la pronta venida de Jesús, y la negación de sí mismo para hacer únicamente la voluntad de Dios, aun cuando muchos, hoy, proclamen que por ser hijos de Dios tienen «derecho» a vivir con toda clase de lujos y excesos, olvidando que Aquel que se hizo pobre por nosotros (2 Corintios 8:9) jamás prometió a sus seguidores un evangelio de opulencia.

«Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o estimará a uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas» (Mateo 6:24).

¿Un nuevo evangelio...?

Vivimos en una sociedad donde cada persona goza de libertad para seguir las creencias religiosas que prefiera; el propio Dios estableció esta libertad al dotar al ser humano de libre albedrío. Sin embargo, como hijos de Dios tenemos la obligación de alertar a quienes están siendo engañados en estos tiempos finales por falsas doctrinas carentes de fundamento en Jesucristo y en la Palabra de Dios, caminos que, aunque parezcan rectos a los ojos del hombre, conducen únicamente a la muerte.

«Hay camino que al hombre le parece derecho, pero su fin es camino de muerte» (Proverbios 14:12).

La Biblia ordena estar siempre preparados para presentar defensa, con mansedumbre y reverencia, ante todo el que demande razón de la esperanza que hay en nosotros (1 Pedro 3:15). El propósito de este análisis es que ministros y pastores reciban información clara sobre los peligros que actualmente acechan al pueblo de Dios, y sobre aquello que, en nombre de Dios y del evangelio, se está introduciendo subrepticamente dentro de las iglesias.

Muchos, con genuinas buenas intenciones, abrazan estas «visiones» sin buscar primero la dirección de Dios, sin escudriñar sus

métodos, sin someter sus doctrinas y enseñanzas al filtro de la Escritura. Se ocupan exclusivamente en aquello que no requiere examen ni discernimiento alguno: cuentan miembros, cuentan ofrendas, y olvidan la advertencia paulina.

«¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa?» (1 Corintios 5:6).

El movimiento conocido como G-12 ilustra con particular nitidez este mecanismo. No constituye, en rigor, un fenómeno nuevo, sino una reedición con metodología rebuscada de adornos «espirituales» convenientes, que promete un crecimiento eclesial casi milagroso si se siguen los pasos de su seudodoctrina, articulada a partir de células de doce personas —número tomado, de manera arbitraria, del número de los apóstoles—. Como todo movimiento de base antibíblica, este surgió de una visión estrictamente unipersonal, que su propio fundador atribuyó a una orientación directa de Dios para introducir en la iglesia un «nuevo modelo» de crecimiento, al que algunos, sin sonrojo alguno, califican de «evangelio actualizado» o directamente de «nuevo evangelio».

«Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema» (Gálatas 1:8).

Como todo cuanto proviene de una visión unipersonal, este sistema conquista adeptos entre feligreses carentes de preparación bíblica sólida, a quienes convierte en líderes sin la madurez teológica necesaria, prefiriendo entrenar novatos y neófitos antes que discipular con paciencia a creyentes formados. Esta preferencia por la inmadurez constituye, precisamente, la vulnerabilidad estructural de este tipo de movimientos de renovación: al carecer sus líderes de fundamento doctrinal profundo, terminan provocando herejías grotescas y nefastas, tanto para sus seguidores como para la congregación entera, la cual queda lastimosamente dividida entre «iluminados» y creyentes de segunda categoría, carentes de la misma preparación que los primeros.

Toda gracia recibida que no se oriente al beneficio común deja de ser gracia, para convertirse en una insana manifestación del ego personal, el afán protagonístico del «yo». Este fenómeno se aprecia con claridad en tantos seudomulti-apóstoles que hoy controlan horarios

televisivos y radiales enteros, y surten al mundo evangélico de libros y doctrinas nocivas para su propio provecho económico.

«Porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús» (Filipenses 2:21).

Muchos siervos preciosos del Señor, seducidos por la promesa de una fórmula milagrosa que hará crecer velozmente las congregaciones que pastorean, terminan sometidos, sin advertirlo del todo, a un sistema que privilegia el número sobre la profundidad, y la metodología sobre la fidelidad doctrinal. La pregunta que debería formularse todo pastor tentado por semejantes promesas no es «¿cuánto crecerá mi iglesia?», sino «¿de qué manera está creciendo, y sobre qué fundamento?», pues Pablo mismo advirtió con claridad que el fundamento ya ha sido puesto, y que solo cabe edificar con cuidado sobre él.

«Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta» (1 Corintios 3:11-13).

Cuidémonos, entonces, de no caer presos de estas nuevas enseñanzas, que terminan invariablemente en «nuevas» herejías, causando confusión, desasosiego y división dentro del pueblo de Dios. El evangelio que Pablo predicó a los gálatas no admite actualización, remodelación ni edición corregida y aumentada; admite, únicamente, ser proclamado con fidelidad, generación tras generación, tal como fue entregado una vez para siempre a los santos.

Los creyentes de Berea, mencionados por Lucas en el libro de Hechos, nos legaron el modelo exacto de discernimiento frente a cualquier doctrina novedosa, incluso cuando esta provenía del propio apóstol Pablo.

«Y éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así» (Hechos 17:11).

Adviértase la secuencia exacta del texto: los bereanos no rechazaron a Pablo de entrada por escepticismo, ni lo aceptaron sin más por su autoridad apostólica; lo escucharon con toda solicitud, y después escudriñaron diariamente las Escrituras para verificar si lo enseñado se ajustaba al canon ya revelado. Ese es, con exactitud, el antídoto que este capítulo propone frente al G-12, la Nueva Reforma

Apostólica y cualquier otro «evangelio actualizado» que se presente hoy: ni el rechazo automático por prejuicio, ni la aceptación acrítica por carisma, sino el escudriñamiento diario y paciente de la Palabra ya entregada.

«Contended ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos» (Judas 1:3b).

CAPÍTULO 5 — LA IGLESIA Y SU AUTORIDAD

Evangelio sin franquicias

Pablo, al defender ante los corintios la legitimidad de su ministerio, formuló una pregunta que hoy convendría inscribir a la entrada de no pocas organizaciones religiosas:

«¿Cuál, pues, es mi galardón? Que, predicando el evangelio, presente gratuitamente el evangelio de Cristo, para no abusar de mi derecho en el evangelio» (1 Corintios 9:18).

En cierta ocasión se observó un vaso de cerámica con la inscripción «Jesús es Señor»; una familia lo había adquirido sin siquiera reparar en la pregunta que aquel objeto suscitaba: ¿qué fue, exactamente, lo que los persuadió de comprar ese vaso en particular? La respuesta resulta obvia: el nombre de Jesús estampado en él. En ninguna parte de la Escritura consta que el nombre de Jesucristo — nombre que es sobre todo nombre (Filipenses 2:9)— haya sido puesto en venta. El santo nombre de Dios no constituye un atributo opcional que pueda añadirse a un producto comercial con el único fin de incrementar sus ventas; sin embargo, hoy se emplea el nombre de Cristo para comercializar libros, discos, prendas de vestir, publicidad y un catálogo interminable de artículos diversos.

Conviene detenerse en el verbo «vender», que el propio texto bíblico emplea: intercambiar un bien por dinero. La pregunta obligada es, entonces, si esto formaba parte de la intención de Jesucristo al enviar a sus apóstoles a proclamar su mensaje. La respuesta, evidentemente, es negativa: Jesús enseñó que aquello que se recibe por gracia, por gracia también se entrega.

«De gracia recibisteis, dad de gracia» (Mateo 10:8).

El contexto de la Escritura entera apunta hacia la proclamación gratuita del mensaje de Dios, sin cobrar un solo centavo por el privilegio de anunciarlo. Uno de los frutos más lamentables que hoy se observan en la mayoría de los falsos apóstoles contemporáneos consiste, precisamente, en comerciar con las cosas sagradas de Dios.

El Antiguo Testamento ya había ofrecido el contraste exacto entre ambos modelos, en la persona de Balaam, profeta contratado por el rey Balac para maldecir a Israel a cambio de una recompensa económica sustanciosa, y que terminó, según el propio Nuevo Testamento, convertido en paradigma perpetuo de la avaricia profética:

«Habiendo dejado el camino derecho, se han extraviado, siguiendo el camino de Balaam hijo de Beor, el cual amó el premio de la maldad» (2 Pedro 2:15).

Pablo, por el contrario, ponía incluso de lo propio para llevar la Palabra a los gentiles. ¿Acaso ha de suponerse que él no incurría en gastos al conducir el evangelio de Jesucristo hacia un mundo perdido y hostil? ¿Quién sufragaba sus travesías marítimas? ¿Quién costeaba su alimento y su hospedaje? ¿Quién afrontaba sus gastos legales o médicos? Pablo no solo solventaba sus propias necesidades, sino que además soportaba persecución y cadenas a causa de su predicación.

«De aquí en adelante nadie me cause molestias; porque yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús» (Gálatas 6:17).

¿Ha de suponerse, acaso, que Jeremías cobraba por hablar y escribir la palabra de Dios ante los príncipes rebeldes de Israel? Muy por el contrario: pagó con lágrimas el privilegio de ser vocero del Señor.

El Antiguo Testamento registra, además, un episodio que ilustra con extraordinaria precisión el peligro de comerciar con lo sagrado: Giezi, siervo del profeta Eliseo, corrió a escondidas tras Naamán el sirio —recién sanado de lepra sin costo alguno— para cobrarle en secreto lo que su amo había rehusado aceptar.

«Vive Jehová que he de correr tras él, y tomaré de él alguna cosa... Y la lepra de Naamán se te pegará a ti y a tu descendencia para siempre» (2 Reyes 5:20, 27).

Eliseo había sanado gratuitamente, rehusando incluso el generoso presente que Naamán le ofrecía; Giezi, en cambio, vio en la gratuidad de su amo una oportunidad desaprovechada, y decidió monetizar en privado lo que Dios había concedido en público sin cobrar nada. La lepra que heredó, transmitida además a su descendencia, funciona como advertencia perpetua para todo aquel que hoy pretenda convertir en negocio personal lo que Dios entregó por gracia a través de su siervo.

Un evangelio que se sostiene, no que se vende

Cristo envió su Palabra al mundo para que fuésemos libres del pecado y salvos de toda condenación por medio de ella. Si optamos por valernos de la tecnología moderna —internet, televisión, radio— en lugar de predicar únicamente de viva voz, resulta legítimo, siguiendo el ejemplo paulino, sufragar los gastos que dicha tecnología demande, sin por ello terminar cobrándoselos a los oyentes bajo la excusa de «extender el reino de Dios». No pocos de quienes hoy se presentan como grandes siervos del Señor todavía no han aprendido a negarse a sí mismos y a cargar, cada uno, su propia cruz, prefiriendo que sea la congregación entera quien sostenga el peso económico de su ministerio personal.

«Y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí» (Mateo 10:38).

El apóstol Pedro, dirigiéndose a los ancianos de la iglesia dispersa, estableció con precisión el espíritu con que debía ejercerse todo ministerio pastoral, incluida la administración de los recursos económicos de la congregación.

«Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonestas, sino con ánimo pronto» (1 Pedro 5:2).

Un evangelio sin franquicias es, en definitiva, un evangelio que no exige regalías por predicarse, que no cobra derechos de autor por citarse, y que no reparte territorios comerciales entre «apóstoles» con derecho exclusivo de explotación sobre determinada región o determinado público. Es, sencillamente, el evangelio tal como Cristo lo entregó: de gracia.

El abuso de la autoridad vertical

En estos tiempos peligrosos que preceden al regreso de Jesús, se cierne sobre las congregaciones del mundo entero un peligro de particular gravedad: el desarrollo de estructuras piramidales. Este fenómeno responde al auge de apóstoles, profetas y predicadores de la prosperidad que proclaman «unciones especiales» mediante métodos manipulativos y emocionalistas, forjando lo que bien podría

denominarse «la tiranía de los santos», un abuso en el cual los creyentes ya no logran ejercer análisis crítico alguno frente a los disparates teológicos proclamados desde los púlpitos.

Este fenómeno no constituye ninguna novedad reciente. Comenzó en el instante en que la iglesia perdió su sencillez originaria, su pluralismo ministerial y la igualdad de relación entre quienes conforman la grey, para adoptar estructuras análogas a las de los sistemas mundanos, en particular las vigentes en Roma a partir del siglo IV, cuando el emperador constituía la autoridad absoluta sobre todas las cosas.

En aquella etapa histórica nació la jerarquía eclesiástica tal como hoy la conocemos, en el momento en que los líderes o ancianos que gobernaban la congregación se transformaron en una clase «clerical», privilegiada dentro de la sociedad romana. A medida que la iglesia fue perdiendo al Espíritu y a la Palabra como centro de su vida, la hegemonía del ministro sobre los hermanos degeneró en una acción despiadada, en la cual la excomunión o la satanización se convirtieron en el método dominante para silenciar toda discrepancia, y la inquisición o el ostracismo pasaron a ser la metodología habitual de castigo contra quienes se negaban a aceptar los dogmas de «autoridades religiosas» que llegaron a usurpar el propio lugar del Espíritu Santo y de las Sagradas Escrituras.

«Mas vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos» (Mateo 23:8).

El clericalismo y el autoritarismo eclesiástico nacieron de la asimilación del esquema del gobierno romano, una vez que la iglesia pasó a integrar el aparato del Estado por obra del edicto de Constantino. Los concilios sucesivos sentaron, con el tiempo, las bases progresivas de lo que, a lo largo de los siglos posteriores, derivaría en el autoritarismo papal: el de Nicea, convocado para enfrentar la herejía arriana, y luego el de Constantinopla, que, además de abordar cuestiones doctrinales, fue consolidando poco a poco el reconocimiento de autoridades eclesiásticas cada vez más extensas. De este modo, el poder de la iglesia fue cayendo progresivamente en manos de hombres carnales, que convirtieron la autoridad legítima en arma de manipulación despótica, y no en instrumento de formación y servicio.

Con la reforma de Martín Lutero en 1517, y a través de la evolución posterior del protestantismo, el clericalismo fue menguando en su autoritarismo, hasta arribarse a sistemas de gobierno eclesiástico más pluralistas y congregacionales. Sin embargo, esto no impidió que algunas denominaciones e iglesias enteras persistieran en un verdadero despotismo espiritual, ni que, con el auge del apostolado moderno, se regresara sobre los propios pasos del pasado, forjándose nuevamente una casta de ministros con «unciones especiales» que acentúan un poder prácticamente absoluto sobre los creyentes.

¿Cómo se abusa de la autoridad en la vida de la iglesia?

La respuesta es sencilla: afirmando cosas carentes de todo fundamento bíblico, y exigiendo de los feligreses un sometimiento incondicional a las proclamas, dogmas o mandatos de hombres que, autotitulándose ungidos, apóstoles modernos, iluminados o representantes de Dios, se arrojan derechos que la Biblia jamás les concedió, manipulando las Escrituras hasta lograr que la gente se les someta como si fueran el Espíritu Santo o el mismísimo Cristo.

«Queriendo ser doctores de la ley, sin entender ni lo que hablan ni lo que afirman» (1 Timoteo 1:7).

No puede negarse que existen líderes espirituales que «devoran las ovejas» hasta destruirlas. Un escritor cristiano lo expresó con singular honestidad: los propios líderes cristianos preferimos distanciarnos de la idea de que existen líderes que devoran a las personas; nos resistimos a creer que actuamos de ese modo, y sin embargo las consecuencias dañinas suelen presentarse en paquetes sumamente sutiles. La gran mayoría de estos apóstoles modernos se han autoproclamado tales, y mediante una serie de enseñanzas han instalado el criterio de que únicamente el apóstol puede recibir dirección e iluminación de parte de Dios, llegando incluso a arrogarse el derecho de determinar quién posee llamamiento genuino y quién no, tratando a las personas prácticamente como si ellos mismos fuesen «dios».

Lo más triste es que muchos obedecen ciegamente, encaminándose derecho hacia el fracaso. Si alguien se les enfrenta y se

niega a acatar sus órdenes, se le hace creer que ha incurrido en pecado y desobediencia, por suponerse que estaría desafiando, según ellos, la voz misma de Dios. Han llegado a exhibir formas particularmente viles de manipulación, apropiándose de textos referidos al «ungido de Jehová» en el Antiguo Testamento para reclamar autoridad personal absoluta, como si quien osara cuestionarlos estuviese levantando su mano contra el propio Dios.

«No toquéis a mis ungidos, ni hagáis mal a mis profetas» (Salmo 105:15).

El hecho de que ciertos líderes religiosos resulten incuestionables para sus propios miembros constituye, en sí mismo, un peligro grave para la salud de toda la iglesia. Ser cabeza significa presidir y hacer cumplir el orden ya establecido por Dios; el poder verdadero reside, únicamente, en Aquel que es cabeza de todos: Jesucristo.

«Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia» (2 Timoteo 3:16).

El Nuevo Testamento no se limita a advertir en abstracto contra este peligro: registra un caso concreto y nombrado de abuso de autoridad dentro de una congregación local, protagonizado por cierto Diótrefes, a quien el apóstol Juan denuncia sin rodeos en su tercera epístola.

«Yo he escrito a la iglesia; pero Diótrefes, al cual le gusta tener el primer lugar entre ellos, no nos recibe. Por esta causa, si yo voy, recordaré las obras que hace parlotando con palabras malignas contra nosotros; y no contento con estas cosas, no recibe a los hermanos, y a los que quieren recibirlos se lo prohíbe, y los expulsa de la iglesia» (3 Juan 1:9-10).

Resulta notable que ni siquiera un apóstol como Juan, testigo ocular del propio Cristo, quedara exento del abuso de autoridad de un líder local ávido de protagonismo. Diótrefes no solo rechazó la autoridad apostólica genuina, sino que además excluyó de la congregación a cualquiera que se atreviera a recibir a los mensajeros legítimos de la verdad, patrón que se repite, sin demasiadas variaciones, en no pocas congregaciones contemporáneas gobernadas por líderes que confunden el pastado con la propiedad privada del rebaño.

Límites claros, líderes útiles

Conviene detenerse aquí en algo que la iglesia contemporánea ha descuidado casi por completo, y que conecta directamente con el catálogo de carácter que este libro viene desarrollando desde su segundo capítulo: los rasgos que Pablo atribuye a los hombres de los últimos tiempos —amadores de sí mismos, soberbios, implacables, sin dominio propio (2 Timoteo 3:2-3)— no se manifiestan únicamente en el mundo, sino que encuentran, dentro de estructuras eclesiásticas sin límites definidos, el terreno más fértil posible para desarrollarse sin control alguno. No basta con denunciar el abuso una vez consumado; es preciso prevenirlo mediante límites claros, establecidos de antemano, que definan con precisión hasta dónde se extiende la autoridad de un líder y dónde comienza el territorio inviolable de la conciencia y la libertad del creyente.

La experiencia demuestra, una y otra vez, que la ausencia de reglas explícitas no produce libertad, sino todo lo contrario: allí donde no existe un límite escrito, el límite terminará imponiéndolo, tarde o temprano, la voluntad del más fuerte. Una congregación que jamás definió los alcances de la autoridad pastoral —en materia de finanzas, de decisiones personales de sus miembros, de disciplina eclesiástica o de acceso a la información— queda, sin advertirlo, a merced del carácter de quien ocupe el liderazgo en ese momento. Cuando ese carácter es piadoso, el sistema funciona por buena voluntad; cuando responde, en cambio, al perfil que Pablo describe para los postreros días, el mismo vacío de reglas se convierte en el instrumento perfecto para que la soberbia, la avaricia y la falta de dominio propio campeen sin ningún obstáculo institucional que las contenga.

«Todas las cosas se hagan decentemente y con orden» (1 Corintios 14:40).

El orden que Pablo reclama para el culto público resulta igualmente aplicable al gobierno interno de la congregación. Una iglesia ordenada no es aquella donde nadie pregunta, sino aquella donde las preguntas legítimas tienen un cauce establecido para ser formuladas y respondidas sin temor a represalia.

Conviene, entonces, que toda congregación local establezca con claridad, y de manera preferentemente escrita, al menos los siguientes

límites: primero, quién y cómo administra los recursos económicos de la obra, con mecanismos de transparencia y rendición de cuentas periódica, de modo que ningún líder quede sujeto a la sola confianza ciega de los hermanos ni tampoco a la sospecha permanente; segundo, qué decisiones pertenecen exclusivamente al fuero personal de cada creyente —su vocación, su matrimonio, sus finanzas privadas, sus estudios, su domicilio— y sobre las cuales ningún pastor u obrero tiene autoridad para imponer un mandato en nombre de Dios; tercero, cuál es el procedimiento bíblico y ordenado para disentir, apelar o corregir a un líder cuando su conducta o su enseñanza se aparta de la Palabra, sin que ese disenso sea automáticamente calificado de rebeldía.

«A los ancianos que están entre vosotros exhorto ... no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey» (1 Pedro 5:1-3).

Un obrero que verdaderamente desea servir a Dios no debería experimentar su llamado como una entrega en blanco de su voluntad, su patrimonio y su conciencia a la voluntad de un hombre. El servicio genuino se ejerce dentro de límites conocidos por todos, no en la incertidumbre de un poder cuyo alcance nadie se atrevió jamás a preguntar en voz alta. Establecer esos límites no constituye una muestra de desconfianza hacia el liderazgo, sino, por el contrario, la única manera de proteger tanto a las ovejas como al propio pastor: a las ovejas, del abuso; y al pastor, de la tentación siempre latente de un poder sin contrapeso.

«El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor» (Romanos 13:10).

Un líder verdaderamente útil al Cuerpo de Cristo no es aquel que acumula el mayor poder posible sobre los demás, sino aquel que se somete, con gusto, a los mismos límites que ayudó a establecer, demostrando en los hechos aquello que tantas veces predica de palabra: que la autoridad, cuando es de Dios, jamás necesita imponerse por la fuerza para ser reconocida y obedecida de corazón.

«Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios... traidores, impetuosos, infatuados» (2 Timoteo 3:2-4).

Establecer límites institucionales claros no sustituye, por supuesto, la obra regeneradora del Espíritu Santo en el corazón de

cada líder; ningún reglamento, por prolijo que resulte, transforma a un hombre amador de sí mismo en un pastor humilde. Pero sí cumple una función que la propia Escritura reconoce como legítima: contener, mediante estructuras sabias, el daño que un carácter todavía no santificado del todo podría infligir a la grey mientras Dios completa su obra en él. Es, en definitiva, una forma concreta de aplicar en el gobierno eclesiástico lo que este libro viene sosteniendo capítulo tras capítulo: que los rasgos de los tiempos peligrosos no son una amenaza externa y lejana, sino una posibilidad latente dentro de cualquier corazón humano, incluido el de quien ocupa el púlpito, y que la sabiduría bíblica consiste en no exponer a la congregación a esa posibilidad sin ningún resguardo.

Para defendernos, entonces, contra el abuso de autoridad y contra esta moderna tiranía de los santos, conviene retener tres principios firmes, extraídos de la propia Escritura. Primero: la obediencia al líder jamás debe colocarnos fuera de la obediencia a Dios, ni en oposición a ella (Efesios 5:21-22). Segundo: la autoridad espiritual legítima no se impone despóticamente, por presión, miedo o amenaza; debe conquistar la voluntad y la libre disposición del creyente a la obediencia, jamás arrancarla por la fuerza (1 Juan 4:18; Mateo 20:25-28; Marcos 10:42-45; Lucas 22:25-27). Tercero: toda autoridad espiritual, sin excepción, se somete a las Escrituras; ninguna revelación personal, por elocuente que resulte, se encuentra jamás por encima del canon ya entregado.

Es necesario analizar a fondo este fenómeno surgido bajo el concepto de los apóstoles modernos, que con supuestos poderes especiales imponen criterios y actuaciones hegemónicas, explotando la fe y viviendo como magnates al frente de una transnacional que, con notable ironía, continúa llamándose «iglesia». Resulta necesario, para frenar las pretensiones de tantos explotadores y manipuladores de la fe, definir con precisión el cómo, el hasta cuándo, y bajo qué parámetros bíblicos corresponde respetar una autoridad. La autoridad es necesaria —de lo contrario se cae en un sistema anárquico, tan dañino como el despotismo mismo—, pero resulta igualmente necesario comprender que, humanamente hablando, no existe autoridad absoluta alguna fuera de Cristo.

«Uno solo es vuestro Padre, el que está en los cielos... ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo» (Mateo 23:9-10).

Apariencia de piedad

Pablo, tras enumerar los vicios que habrían de definir los últimos tiempos —amadores de sí mismos, avaros, soberbios, traidores, impetuosos—, remata la lista con el rasgo más peligroso de todos, precisamente el que se agazapa dentro de las propias congregaciones y que atraviesa, de principio a fin, todo lo que hemos venido describiendo en este capítulo sobre la autoridad y su abuso:

«...que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a estos evita» (2 Timoteo 3:1-5).

Esta «apariencia de piedad» describe a comunidades e individuos que exhiben una fachada religiosa impecable, pero que carecen de la devoción genuina capaz de transformar el corazón y la vida entera. Pueden recitar credos completos y defender con vehemencia la ortodoxia, mas no viven lo que ellos mismos predicán, ni permiten que el Espíritu Santo obre en ellos un cambio real.

Jesús mismo denunció esta doble cara al referirse a los fariseos de su tiempo:

«Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo, y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen» (Mateo 23:3).

Esta hipocresía resulta tan perniciosa que puede arrastrar a sus propias víctimas a una doble condenación, pues el mismo Cristo sentenció sin rodeos:

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y una vez hecho, le hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros» (Mateo 23:15).

Cuando la piedad se vuelve doble ánimo

La piedad genuina puede definirse como aquella virtud que inspira, por amor a Dios, tierna devoción a las cosas santas, y, por amor al prójimo, actos concretos de amor y compasión. La apariencia de

piedad, en cambio, no es más que la cáscara vacía de esa virtud: la doble cara de quien sostiene prácticas religiosas sin poseer, en el fondo, un corazón verdaderamente entregado a Dios.

Dentro de la iglesia, estos hacen alarde de ser fervientes seguidores de Cristo, mientras que en su vida cotidiana encarnan, con precisión, aquello que la Escritura describe: «traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios» (2 Timoteo 3:4).

Santiago, con su habitual practicidad, ya había advertido sobre esta clase de doblez espiritual, comparando al hombre de doble ánimo con la ola del mar, agitada de un lado a otro por el viento (Santiago 1:6-8): una piedad que se muestra firme en la superficie, pero carece de raíz que la sostenga cuando arrecia la prueba.

El olvido de la caridad

La manifestación más grave de esta hipocresía se produce cuando se abandona la caridad, ese amor práctico que Jesús mismo modeló con su propia vida. En estas iglesias, la doble cara queda al descubierto porque se ha dejado de amar al huérfano, al anciano y a la viuda; se ha dejado de visitar al enfermo y a quien padece prisión, precisamente lo que Jesús enseñó como criterio de juicio final.

«Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino ... porque tuve hambre, y me disteis de comer ... enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí» (Mateo 25:34-36).

Se recurre entonces a la excusa de que es necesario «prepararse» para predicar cada día, y que no queda tiempo disponible para ocuparse de «todo lo demás». Se justifica a los miembros que actúan conforme a los deseos de sus líderes, pero se acusa a quienes buscan la verdad y se atreven a cuestionar prácticas carentes de fundamento bíblico. En su celo obsesivo por la forma, han olvidado lo que la propia Palabra del Señor enseña con total claridad:

«Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma» (Santiago 2:17).

El riesgo en la «sana doctrina»: culto al líder y secretismo

Aun en aquellas iglesias que se autodenominan de sana doctrina, se ha deslizado un peligro particularmente sutil, y que retoma exactamente el patrón que ya vimos en Diótfrefes: la obediencia estricta a pastores o líderes, situada incluso por encima de la obediencia debida a la propia Palabra de Dios. En lugar de alentar el ejercicio personal para la piedad, que «para todo aprovecha» (1 Timoteo 4:7-16), se promueve, en la práctica, una obediencia ciega.

Existen cristianos e iglesias enteras que se muestran intolerantes hacia cualquier otra denominación, asegurando a sus congregantes que constituyen la única opción de sana doctrina disponible en la comunidad. Su error, en tales casos, ya no es meramente doctrinal, sino de índole espiritual más profunda.

Esta clase de comunidades yerra en el espíritu mismo de la enseñanza, en la santidad de vida, en la generosidad y en la vida práctica del Espíritu. Por ello incurren en errores graves, entre los cuales se destacan tres con particular frecuencia, y que son, en el fondo, la cara cotidiana de la misma tiranía de los santos ya descrita:

Negligencia y secretismo: son iglesias que tratan siempre los asuntos eclesiásticos en el mayor de los secretos. Tras «expulsar» a miembros que no se ajustan a sus criterios cerrados, mantienen oculto el proceso, llegando incluso a justificar sus acciones apoyándose en versículos bíblicos sacados de contexto. Mienten al afirmar que los miembros se alejaron por voluntad propia, cuando en realidad fueron ellos mismos quienes los apartaron de la congregación local.

Doble rasero: guardan en secreto los errores y pecados de sus pastores o de sus «miembros preferidos», mientras exponen sin miramientos el error de aquellos que no se alinean con sus «grandes visiones» ministeriales.

División interna: sus congregantes permanecen siempre fragmentados en grupos, actuando en comunión únicamente con los de su propio círculo, y dejando de lado —o directamente juzgando— a quienes no resultan de su agrado.

Estos congregantes, que exhiben una forma bíblica en apariencia aceptable, son, en el fondo, hipócritas de corazón. Cabe

entonces que cada uno se pregunte, delante de Dios y no de los demás, si esa misma doblez no habita también en su propio corazón, pues la Escritura afirma sin rodeos que sin santidad nadie verá al Señor (Hebreos 12:14), por más que se enseñe, y hasta cierto punto se practique, la forma exterior de la sana doctrina (2 Timoteo 1:13).

La piedad genuina: vivir la eficacia del evangelio

La Escritura advierte con imagen elocuente que la piedad sin eficacia es como nube de la mañana y como el rocío de la madrugada, que se desvanece apenas sale el sol.

«Vuestra piedad es como nube de la mañana, y como el rocío que de madrugada se pasa» (Oseas 6:4).

¿Qué corresponde hacer, entonces, cuando Dios nos ofrece libertad frente a nuestras penas y nuestros pecados? El mandato paulino es categórico:

«Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren» (1 Timoteo 4:16).

Un hermano que verdaderamente vive la sana enseñanza bíblica se distingue por cuatro rasgos concretos, verificables en la vida diaria y no solamente en el discurso dominical:

Experimenta y vive lo que enseña. No emplea su celo doctrinal como excusa para ofender gratuitamente.

Practica la misericordia —amor por los desviados, visita a los enfermos y a los huérfanos— del mismo modo en que Dios la ha tenido con él.

Es valiente al denunciar herejías, señalando el error con firmeza, pero sin faltar jamás el respeto a sus semejantes.

Ama al Señor, ama a los hermanos y ama, además, a las almas todavía perdidas.

Debemos, en definitiva, ajustarnos a la Palabra de Dios y no a la tradición particular de un grupo determinado. Nos corresponde escudriñar continuamente las Sagradas Escrituras y renovarnos cada día en nuestro entendimiento:

«No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta» (Romanos 12:2).

Pero, por encima de cualquier diagnóstico dirigido hacia otros, lo verdaderamente urgente es asegurarnos de que esta misma hipocresía no habite en nuestra propia vida. Debemos permitir que el Espíritu Santo obre en nosotros, de manera que la piedad que se manifiesta hacia afuera brote de un corazón realmente transformado, y no de una máscara que nos calzamos únicamente al llegar a la puerta del templo. Como bien advirtió Pablo a los gálatas:

«No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará» (Gálatas 6:7).

¿Conoce el lector alguna congregación así? Quizás la pregunta más honesta no sea esa, sino otra, mucho más incómoda: ¿reconozco, al leer estas líneas, algún rasgo de esa doblez en mi propio corazón?

No basta con tener apariencia de piedad. Hemos sido llamados a ser piadosos.

CAPÍTULO 6 — APOSTASÍA Y ADORMECIMIENTO

El peligro de la apostasía

En su segunda carta a Timoteo, consciente de que su partida estaba próxima, el apóstol Pablo dejó consignada una advertencia que hoy resuena con más fuerza que nunca:

«Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas» (2 Timoteo 4:3-4).

Este pasaje no describe un escenario futuro y distante, sino una realidad ya instalada entre nosotros. Contemplamos hoy multitudes en busca de experiencias, de promesas de prosperidad y de palabras agradables al oído, mientras rechazan de plano la corrección, el arrepentimiento y la centralidad misma de Cristo.

El engaño de los «apóstoles» modernos

Vivimos una era en la que proliferan hombres que se autoproclaman «apóstoles», exigiendo sumisión y reverencia —tema ya desarrollado con mayor extensión en el capítulo cuarto de este libro—. Conviene, no obstante, recordar aquí el fundamento doctrinal que desenmascara semejante pretensión: el oficio apostólico, en sentido estricto, fue único e irrepetible. Los apóstoles fueron los doce elegidos directamente por el Señor, más Pablo, nacido fuera de tiempo (1 Corintios 15:8), testigos oculares de la resurrección y canales directos de la revelación neotestamentaria.

«Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo» (Efesios 2:20).

La metáfora arquitectónica que emplea Pablo resulta irrefutable: los cimientos de un edificio se colocan una sola vez y para siempre; nadie construye una casa poniendo cimientos nuevos en cada piso. Establecido ya el fundamento por los apóstoles del primer siglo,

el resto de la historia de la iglesia consiste, únicamente, en edificar sobre esa base inamovible que es la Palabra de Dios. Por tanto, quien hoy se autodenomine apóstol en idéntico sentido bíblico incurre, lisa y llanamente, en falsedad: no existen nuevos fundamentos, no existe sucesión apostólica, no existe revelación adicional.

El negocio de las «coberturas apostólicas»

Una de las doctrinas más perversas que estos falsos obreros han inventado es la llamada «cobertura apostólica». Recorren las naciones vendiendo supuestas coberturas a iglesias locales, como si poseyeran un acceso especial a Dios o un manto de protección del que los demás carecen. Esta enseñanza no es sino un sistema piramidal de control y extorsión económica.

«Él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia» (Colosenses 1:18).

En el Nuevo Testamento, la única cobertura del creyente es la sangre de Jesucristo, y su única cabeza es Cristo mismo. Estos mercaderes enseñan que si una congregación no se somete a su «cobertura» —que invariablemente incluye el pago de diezmos hacia el «apóstol»— queda expuesta a la maldición divina. Esto constituye una mentira diabólica: no existe semejante estructura en la iglesia primitiva; cada congregación respondía directamente a Cristo, bajo la autoridad exclusiva de la Palabra.

La mentira de los «decretos» y la soberanía de Dios

Dentro de este sistema de engaño ha surgido la práctica antibíblica de «decretar» o «declarar», según la cual el creyente poseería el poder de ordenar cosas al mundo espiritual, o incluso de imponer su voluntad sobre los propios planes de Dios. Conviene establecer con toda claridad que a Dios no podemos ordenarle absolutamente nada: Él es el Creador Soberano, y nosotros, sus hijos por adopción, carecemos de todo derecho a exigirle nada al Rey de reyes y Señor de señores.

«Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra» (Mateo 6:10).

La verdadera oración cristiana no es un decreto ni una declaración de autoridad humana, sino una petición humilde y sincera donde prevalece, sobre toda otra consideración, el «hágase tu voluntad». Santiago advierte que, en lugar de jactarnos, deberíamos decir siempre «si el Señor quiere» (Santiago 4:15). Quienes pretenden «decretar» prosperidad o sanidad, como si Dios fuese su sirviente particular, demuestran un desconocimiento absoluto del temor de Dios: soberbia que revela, en el fondo, un corazón jamás rendido al señorío de Cristo.

Apóstoles del Cordero frente a mercaderes modernos

Para desenmascarar el engaño resulta necesario contrastar la vida de los verdaderos apóstoles con la de los impostores contemporáneos. Los apóstoles originales vivieron vidas de sacrificio, persecución y humildad; el propio Pablo escribió que habían llegado a ser como la escoria del mundo por amor a Cristo, trabajando con sus propias manos para no constituir carga para nadie.

«Nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y la soportamos... hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos» (1 Corintios 4:12-13).

En cambio, los «apóstoles» modernos viven rodeados de lujos, guardaespaldas, aviones privados y mansiones exuberantes, exigiendo ser servidos en lugar de servir. Mientras los apóstoles de Cristo predicaban el arrepentimiento y la centralidad de la gracia, los de hoy predicán motivación personal, prosperidad material y supuestos «decretos» que no son sino deseos humanos disfrazados de fe, cuyo propósito último consiste en construir imperios personales y ser idolatrados por las multitudes.

Pablo advirtió con precisión sobre esta clase de comercio espiritual, distinguiéndose expresamente de «los muchos que medran adulterando la palabra de Dios», y afirmando hablar, en cambio, «con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo» (2 Corintios 2:17). No existe manera más exacta de nombrar, con dos milenios de anticipación, el fenómeno que hoy describimos.

El cese de las profecías y el canon cerrado

La Palabra de Dios enseña que las profecías han cesado, porque ya poseemos la «palabra profética más segura»: las Sagradas Escrituras.

«Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos... entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada» (2 Pedro 1:19-20).

A esto se suma el testimonio de Pablo, que ata directamente el cese de las profecías a la llegada de aquello que ya es perfecto y completo: la revelación consumada de la Palabra de Dios.

«El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará... pero cuando venga lo perfecto, entonces se acabará lo que es en parte» (1 Corintios 13:8-10).

Todo lo que Dios quiso revelar para la salvación y la conducta del hombre ya se encuentra escrito; no falta ni una sola tilde. «No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella», había establecido ya Moisés como principio permanente para todo el pueblo de Dios (Deuteronomio 4:2), principio que sigue vigente aun después de completado el canon del Nuevo Testamento. Lo que hoy se observa en muchas congregaciones no es revelación divina, sino verborragia espiritual. Vale aclarar que esta es la convicción con la que este libro está escrito, dentro de la tradición reformada y bautista; no ignoro que muchos hermanos pentecostales y carismáticos, dentro de la misma ortodoxia evangélica, sostienen la continuidad de los dones proféticos, y este libro no pretende zanjar aquí ese debate. Aquellos que dicen «el Señor me dijo» para añadir mandamientos humanos o predecir eventos futuros no hacen sino demostrar ser parte de aquella «generación de víboras» de la que hablaron tanto Juan el Bautista como el propio Jesús (Mateo 3:7; 23:33): ladrones de la fe que roban la paz de los creyentes y los alejan del estudio serio de la Biblia, para volverlos dependientes de sus supuestas visiones personales.

El Levítico narra un episodio que ilustra, con severidad ejemplar, el peligro de la innovación espiritual no autorizada por Dios: Nadab y Abihú, hijos del sacerdote Aarón, ofrecieron ante el altar

«fuego extraño» que Jehová no les había mandado, y perecieron en el acto.

«Y Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, y pusieron fuego en ellos... y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él nunca les mandó. Y salió fuego de delante de Jehová y los quemó» (Levítico 10:1-2).

El pecado de Nadab y Abihú no consistió en la falta de celo religioso —probablemente actuaron con genuino entusiasmo espiritual—, sino en ofrecer a Dios algo que Él nunca ordenó. «Fuego extraño» es, precisamente, la mejor descripción posible de tantas prácticas contemporáneas que hoy se ofrecen sobre el altar bajo etiqueta de renovación espiritual, sin mandato bíblico alguno que las respalde: portales dimensionales, decretos, coberturas apostólicas, y toda la parafernalia ya denunciada en capítulos anteriores de este libro. El entusiasmo, por sincero que sea, jamás sustituye a la obediencia frente a lo ya revelado, pues, como bien recuerda Pablo a los corintios, «Dios no es Dios de confusión, sino de paz» (1 Corintios 14:33).

El llamado a la fidelidad extrema

Frente a este panorama de apostasía generalizada, el mandato para nosotros es idéntico al que recibió Timoteo: ser sobrios en todo, soportar las aflicciones, hacer obra de evangelista y cumplir el propio ministerio, cueste lo que cueste.

«Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio» (2 Timoteo 4:5).

Ser sobrio significa mantener la mente despejada, sin dejarse arrastrar por el «espectáculo» ni por las emociones que estos falsos maestros manipulan con notable destreza. Fidelidad, en estos tiempos, significa estar dispuestos a quedarnos solos si fuera necesario, defendiendo la verdad frente a las multitudes que corren detrás de las fábulas. La fidelidad no se debe a una organización, ni a un hombre que se autoproclama apóstol, sino únicamente al Cordero de Dios.

«He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe» (2 Timoteo 4:7).

Guardar la fe significa proteger el depósito de la verdad contra las mentiras de quienes pretenden vender lo que es gratuito, privatizando la gracia de Dios. A pesar de toda esta oscuridad, el evangelio sigue siendo poder de Dios para salvación: Cristo murió por los pecadores, Cristo resucitó, Cristo sigue llamando al arrepentimiento, Cristo sigue restaurando vidas quebradas. Quien fue engañado tiene perdón; quien fue manipulado tiene sanidad; quien está cansado del espectáculo religioso puede descubrir que Jesús sigue siendo suficiente. Él no vende milagros, no cobra coberturas, no exige decretos: simplemente dio su vida por nosotros, y sigue siendo, hoy como siempre, el Buen Pastor.

El asalto a la verdad

En medio de este caos moral que venimos describiendo a lo largo de todo el libro, nos enfrentamos a uno de los engaños más astutos de este siglo: la destrucción misma del concepto de Verdad. Vivimos en la era de las fake news, que se divulgan masivamente por todo el planeta impulsadas por intereses políticos, económicos y religiosos. A quienes diseñan estas mentiras no les importa en lo más mínimo la verdad; buscan, únicamente, manipular a las masas, generar odio y controlar la narrativa para sus propios fines. Esta cultura de la mentira ha infectado la mente del hombre moderno, haciéndole creer que la verdad es subjetiva, que cada uno posee «su verdad», y que todo depende del cristal con que se mire.

Pero la Biblia no conoce de verdades relativas ni de conveniencias políticas. La Verdad no es una opinión ni un consenso social: la Verdad es una Persona, Jesucristo.

«Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí» (Juan 14:6).

Mientras el mundo se ahoga en un mar de desinformación e intereses creados, afirmamos que la Verdad es una sola, absoluta y eterna. Quien se aparta de Cristo, por más «informado» que crea estar, se ha abrazado a una mentira; no existen «varias verdades», sino una sola Verdad que nos hace libres.

«Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Juan 8:32).

La escalada del mal

Debemos ser conscientes de una realidad que muchos prefieren ignorar: estos tiempos peligrosos no constituyen una crisis pasajera. La Biblia advierte con claridad que la oscuridad se espesará antes del fin.

«Mas los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados» (2 Timoteo 3:13).

No podemos esperar que el mundo se vuelva más «amigable» con el paso del tiempo; al contrario, la maldad se multiplicará y el desprecio por lo sagrado se tornará cada vez más cínico. Estamos presenciando el cumplimiento de los dolores de parto que Jesús anunció (Mateo 24:8), los cuales se hacen más frecuentes e intensos a medida que se aproxima el momento final, exactamente como ocurre con los dolores que preceden a todo alumbramiento: cada vez más seguidos, cada vez más intensos, señal inequívoca de que el nacimiento está próximo.

El mundo dentro de la iglesia

Antes de continuar, conviene detenerse en el propio título de esta pieza, tomado de la conocida parábola de las diez vírgenes, quizás el retrato más exacto que ofreció el propio Jesús sobre el estado espiritual de la iglesia en la antesala de su regreso.

«Y como el esposo tardaba, cabecearon todas y se durmieron... A la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo, salid a recibirle!» (Mateo 25:5-6).

Adviértase un detalle que suele pasarse por alto: se durmieron las diez, tanto las prudentes como las insensatas. El sueño espiritual descrito en esta parábola no distingue automáticamente entre creyentes genuinos y creyentes nominales; la diferencia decisiva no residió en quién permaneció despierto, sino en quién había tenido la previsión de guardar aceite suficiente para cuando llegara el clamor de medianoche. Una iglesia dormida, en el sentido que titula esta pieza, no es necesariamente una iglesia sin fe, sino una iglesia que ha dejado de vigilar, que ha relajado la provisión espiritual necesaria para el

momento decisivo, confiando en que la llama seguirá encendida por inercia.

El reconocido pastor y expositor John MacArthur advirtió, poco antes de su partida, con notable firmeza, sobre cómo el mundo se ha instalado dentro de la iglesia sin que casi nadie lo perciba. Se han introducido actividades y entretenimientos que nada tienen que ver con el evangelio, creando instituciones con apariencia de piedad, pero completamente vacías de poder real.

«Teniendo apariencia de piedad, pero negando la eficacia de ella; a éstos evita» (2 Timoteo 3:5).

Una de las manifestaciones más claras de esto consiste en observar cómo cada vez son más los pastores que intentan involucrarse en la política partidaria. Aparentan santidad y afirman buscar el «bien común», pero esto nada tiene que ver con el evangelio de Jesucristo. Muchos intentan justificar su ambición citando a hombres como José o Daniel, sosteniendo que estos fueron «políticos cristianos», pero olvidan un detalle fundamental: ellos no incurrieron en la política por voluntad propia ni buscaron activamente el poder. José y Daniel eran esclavos que, por su fidelidad a Dios, fueron puestos en posiciones de autoridad por aquellos mismos que los habían esclavizado; Dios los levantó de manera soberana para sus propios propósitos, sin que ellos hicieran campaña alguna ni negociaran el altar para obtener un cargo.

La iglesia no está llamada a conquistar gobiernos terrenales, sino a proclamar el Reino de los Cielos.

«¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios» (Santiago 4:4).

Nuestra postura

Somos conscientes de que estas páginas incomodarán a más de una persona. Se molestarán, y quizás nos llamen fariseos, legalistas o santurrones; sin embargo, nada de eso responde a la intención real de este libro. No buscamos señalar por sentido de superioridad, sino que, como el apóstol Pablo, reconocemos que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, «de los cuales yo soy el primero».

«Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero» (1 Timoteo 1:15).

No buscamos juzgar desde una posición de superioridad moral, sino simplemente repetir lo que ya está escrito en la Palabra de Dios, porque amamos su verdad. El mundo se ha metido en el templo, y es hora de que la iglesia despierte.

«Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas» (Efesios 5:11).

El antídoto

El cierre de este diagnóstico constituye, ante todo, un llamado a los fundamentos. Pablo no concluye su advertencia en el caos, sino en la solución: «persiste tú en lo que has aprendido».

«Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido» (2 Timoteo 3:14).

La Biblia es la única ancla en medio de la tempestad moral, las noticias falsas y las ambiciones humanas; es el espejo que no miente, y la espada que penetra hasta partir el alma. Debemos comprender que la Escritura no es únicamente un libro de consuelo, sino, ante todo, un instrumento de corrección.

«Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra» (2 Timoteo 3:16-17).

Sin este fundamento, estamos completamente a merced de la seducción de este siglo. Reafirmamos que la Escritura es la única guía confiable: no necesitamos nuevas revelaciones ni modas importadas de otras latitudes; necesitamos, sencillamente, volver al temor de Jehová, que es el principio de la sabiduría.

«El temor de Jehová es el principio de la sabiduría» (Proverbios 1:7).

Solo una iglesia que ama la Verdad por encima de su propia comodidad podrá permanecer en pie cuando el Señor regrese por una iglesia sin mancha ni arruga ni cosa semejante.

«A fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha» (Efesios 5:27).

CAPÍTULO 7 — EL LLAMADO FINAL

...Que tome su cruz y me siga

¿Cuánto hace que el lector no escucha a alguien predicar el mensaje de la cruz? ¿Cuánto hace que no escucha a alguien anunciar el arrebatamiento y la venida de Cristo? Las buenas nuevas que Jesús mismo envió a proclamar al mundo entero parecen haber pasado de moda, desplazadas por la infinidad de mensajes de prosperidad y positivismo que hoy anuncia, desde sus púlpitos, la gran mayoría de los predicadores de esta época.

Hoy en día, casi todos parecen preferir el mensaje fácil del aplauso, el célebre «dile a quien tienes al lado...» o el «repite conmigo...», antes que enseñar lo que verdaderamente está escrito en la Biblia de parte de Dios para la humanidad. Es cierto que anhelamos llegar al cielo, pero deseamos, al mismo tiempo, disfrutar de todas las riquezas del reino de Dios aquí en la tierra, olvidando que el propio Jesús afirmó, sin ambigüedad alguna, que su reino no pertenecía a este mundo.

«Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo... Ahora mi reino no es de aquí» (Juan 18:36).

Pero, además de esto, no son pocos los que desean llegar al cielo sin que la santidad constituya requisito alguno, sin tener que atravesar luchas ni pruebas a lo largo del camino. Como alguien observó hace poco, con notable agudeza: los cristianos de hoy anhelan el cielo, pero sin que Jesús esté allí. Millones de personas que se dicen cristianas forman, hoy, largas filas hacia el infierno, por el simple hecho de que ya nadie les predica sobre la paga del pecado ni sobre la necesidad de morir a uno mismo.

«Porque la paga del pecado es muerte, más la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 6:23).

Muchos dejaron de predicar sobre el pecado y el infierno porque a la gente ya no le resulta agradable escucharlo, y hoy, con tantos métodos de crecimiento eclesial a la vuelta de cada esquina, las iglesias están llenas... pero, desgraciadamente, están llenas de personas que van tras los panes y los peces, tal como los

seudoapóstoles de nuestros días les enseñan a hacer, y no por tener hambre y sed genuinas del Dios vivo y de su perfecta justicia. Buscan lo que Dios puede darles, en lugar de entregarle a Él sus propias vidas.

La multitud que sigue el milagro, no al Maestro

Este fenómeno no resulta nuevo en absoluto: el propio Jesús lo experimentó en carne propia durante su ministerio terrenal. Tras multiplicar los panes y los peces para alimentar a una multitud hambrienta, esa misma multitud lo persiguió al día siguiente, cruzando incluso el mar de Galilea para volver a encontrarlo. La respuesta de Cristo, lejos de halagar su devoción aparente, expuso con crudeza la verdadera motivación que los movía:

«De cierto, de cierto os digo: me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis. Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece» (Juan 6:26-27).

El desenlace de aquel episodio resulta, para el predicador contemporáneo, aún más incómodo que el reproche mismo: cuando Jesús, a continuación, profundizó su enseñanza exigiendo una entrega total a su persona, el texto registra que «muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él» (Juan 6:66). La multitud que buscaba el pan se dispersó en cuanto el pan dejó de ser gratis y comenzó a exigir entrega. Aquel primer siglo ya conoció, entonces, su propia versión de las iglesias que hoy se llenan de gente que va tras los milagros, la prosperidad y el espectáculo, y se vacían en cuanto se predica la cruz.

Cargar la cruz cada día, no una sola vez

Se dejó de predicar sobre la pronta venida de Jesús, y hoy muchos la tienen ya por tardanza. Otros ni siquiera se han dado por enterados de que Cristo está a punto de volver, ya que, desde que comenzaron a congregarse, solo se les ha predicado cómo alcanzar el éxito en la vida, pero jamás se les advirtió: «cuando veáis estas señales, el fin está cerca». La mayoría ya no desea oír la voz de Dios, sino que prefiere oír la voz de hombres dispuestos a asegurarles que tendrán

todo lo que deseen en esta vida, y que poseen «derecho» a ello por ser hijos de Dios, olvidando que el Salmo 91 no promete protección a quien visita ocasionalmente el abrigo del Altísimo, sino a quien habita allí de manera permanente.

«El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente» (Salmo 91:1).

El llamado de Cristo a tomar la cruz, conviene subrayarlo con la precisión que el propio texto griego exige, no se formula como un acontecimiento puntual y único, sino como una disposición diaria, renovada cada mañana, tal como lo registra el evangelio de Lucas con un matiz que Mateo no conserva:

«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame» (Lucas 9:23).

«Cada día» cambia por completo el alcance del mandato: no se trata de una decisión tomada una sola vez, en el momento de la conversión, sino de una renuncia diaria al propio yo, sostenida hasta el último día de la vida terrenal. Pablo lo expresó con palabras que hoy suenan casi escandalosas para un evangelio acostumbrado a la comodidad: «he sido crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí» (Gálatas 2:20), y llegó a estimar como basura todo aquello que antes consideraba ganancia, con tal de ganar a Cristo (Filipenses 3:8). Y añadió, además, que esa renovación diaria tiene un correlato interior que nadie ve, pero que sostiene todo lo demás:

«Por tanto, no desmayamos; antes, aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día» (2 Corintios 4:16).

El Antiguo Testamento ya había ofrecido una imagen elocuente de esta misma radicalidad, en el llamado del profeta Eliseo. Cuando Elías lo encontró arando con doce yuntas de bueyes y echó su manto sobre él, Eliseo no se limitó a seguirlo con timidez: sacrificó sus propios bueyes, empleando el arado como leña para cocinarlos, y repartió la carne entre el pueblo antes de partir.

«Y dejó los bueyes, y corrió tras Elías... Después tomó cada yunta de bueyes y los mató, y con el arado de los bueyes coció la carne... y se levantó y fue tras Elías, y le servía» (1 Reyes 19:20-21).

Eliseo no dejó abierta la puerta de un posible regreso a su antigua vida: la quemó, literalmente, con sus propias herramientas de trabajo. Esa es, con exactitud, la radicalidad que el llamado de Cristo

exige de todo aquel que pretenda tomar la cruz: no una devoción a medias que conserva, por las dudas, una salida trasera, sino una entrega que quema los bueyes y el arado antes de partir.

Pablo describió esta misma entrega diaria, ya no en clave de sacrificio ritual como en el Antiguo Testamento, sino como el único culto racional que corresponde ofrecer a un Dios que ya entregó a su propio Hijo por nosotros:

«Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional» (Romanos 12:1).

Un sacrificio vivo resulta, paradójicamente, más exigente que uno tradicional: el animal ofrecido sobre el altar antiguo moría una sola vez y de inmediato dejaba de resistirse; el sacrificio vivo, en cambio, sigue teniendo voluntad propia cada mañana, y debe volver a subirse al altar por decisión renovada, día tras día, precisamente porque continúa vivo y continúa, por tanto, teniendo la opción de bajarse de él.

El propio Jesús, consciente de que semejante llamado exigía una decisión meditada y no un entusiasmo pasajero, invitó a sus oyentes a calcular el costo antes de comprometerse, mediante dos imágenes tomadas de la vida cotidiana: el hombre que planea construir una torre sin haber calculado antes si dispone de los recursos para terminarla, y el rey que sale a la guerra sin haber considerado antes si su ejército alcanza para enfrentar al enemigo.

«Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla?... Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo» (Lucas 14:28, 33).

El discipulado cristiano, en consecuencia, jamás fue presentado por Cristo como una decisión ligera ni como un beneficio adicional a una vida que continúa, en esencia, centrada en el propio bienestar. Fue presentado, desde el primer momento, como una renuncia total y calculada, y es precisamente esa exigencia la que el evangelio de la prosperidad, denunciado a lo largo de todo este libro, ha preferido silenciar, sustituyéndola por la promesa cómoda de una bendición sin cruz.

El precio y la recompensa

Sería, sin embargo, incompleto y hasta injusto presentar el llamado de Cristo únicamente en clave de renuncia, sin mencionar la promesa que lo acompaña. Cuando Pedro, con una honestidad casi infantil, le recordó a Jesús que los discípulos lo habían dejado todo por seguirlo, y le preguntó qué recibirían a cambio, la respuesta del Señor no fue una reprimenda por la pregunta, sino una promesa desbordante:

«De cierto os digo que todo aquel que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna» (Mateo 19:29).

La cruz, entonces, jamás fue el punto final del llamado cristiano, sino la puerta de entrada hacia una recompensa que ningún evangelio de prosperidad, por generosas que sean sus promesas, alcanza siquiera a imaginar. El error de la prosperidad moderna no consiste en prometer demasiado, sino en prometer demasiado poco, y demasiado pronto: cambia el ciento por uno eterno que Cristo promete por una gratificación inmediata, terrenal y, en última instancia, decepcionante.

Una iglesia limpia, pura y sin mancha

Jesús vendrá a buscar una iglesia limpia, pura y sin mancha; esto es lo que declara la Palabra en Efesios 5:27. Pero, ¿cree usted, honestamente, que esta es hoy una iglesia limpia, pura y sin mancha? Urge que el pueblo de Dios vuelva a predicar el mensaje de la cruz y la pronta venida del Señor, y que se deje, de una vez, de anunciar las mentiras de hombres engañadores que solo buscan llenar sus bolsillos, y no sus corazones.

«A fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha» (Efesios 5:27).

Pablo empleó, para describir esta relación entre Cristo y su iglesia, la imagen del compromiso matrimonial, y la responsabilidad que ello implicaba para quienes, como él, habían sido encargados de custodiar la pureza de la novia hasta la llegada del Esposo:

«Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo» (2 Corintios 11:2).

Custodiar esa pureza no es tarea exclusiva de pastores y líderes: Pedro advirtió que el juicio de Dios comienza, precisamente, por la propia casa de Dios, antes de extenderse al mundo que está afuera.

«Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?» (1 Pedro 4:17).

Si usted es pastor y piensa: «pero si hago esto, la gente se va a ir de la iglesia», permítame recordarle que en el libro de los Hechos es Dios mismo quien sumaba a los creyentes a su iglesia, y que aun el propio Jesús enseñaba que nadie podía ir a Él si no era el Padre quien lo atraía.

«Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos» (Hechos 2:47b).

Piense: ¿prefiere usted una megaiglesia llena hasta los pasillos, o una iglesia —grande o pequeña, eso realmente no importa— donde se predique la verdadera Palabra de Dios, y donde los que allí se congregan sean personas que aman a Cristo más que a sus propias vidas?

La esperanza bienaventurada

No deja de resultar significativo que este libro haya abierto su capítulo final con una pregunta sobre el arrebatamiento —«¿cuánto hace que no escucha a alguien predicar... sobre el rapto y la venida de Cristo?»— y que, sin embargo, tantas congregaciones hayan relegado esta doctrina a un segundo plano, como si se tratara de un tema secundario o excesivamente controvertido para predicarse desde el púlpito. Pablo, en cambio, la presentó a los tesalonicenses como fuente directa de consuelo mutuo, no como motivo de especulación teológica:

«Porque el Señor mismo con voz de mando... descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así

estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras» (1 Tesalonicenses 4:16-18).

Pablo llamó a esta expectativa, en su carta a Tito, «la esperanza bienaventurada», y la vinculó de manera directa e inseparable con la vida de santidad que el creyente está llamado a vivir mientras aguarda:

«Aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo» (Tito 2:13).

Adviértase que la doctrina del arrebatamiento no fue entregada a la iglesia como curiosidad escatológica ni como calendario para especular fechas, sino como «esperanza bienaventurada», capaz de sostener la fidelidad diaria del creyente en medio de un mundo cada vez más hostil a la fe. Silenciar esta doctrina, como hoy ocurre en tantos púlpitos, no es un simple recorte de énfasis: es privar a la iglesia de una de las pocas anclas capaces de sostenerla en medio de la tempestad final que este libro ha venido describiendo, capítulo tras capítulo. Vale aclarar que este libro expone la postura pretribulacional como convicción personal del autor, consciente de que dentro de la ortodoxia cristiana existen también hermanos postribulacionistas y amilenialistas, entre otras posiciones legítimas sobre estos tiempos finales.

Velad, porque no sabéis la hora

Todo lo dicho a lo largo de este libro pierde su urgencia si se olvida el marco temporal en el que Cristo mismo lo situó: no disponemos de tiempo ilimitado para postergar la decisión. El Señor fue explícito al respecto, y Pablo retomó la misma advertencia dirigida a los tesalonicenses:

«Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor... Por tanto, también vosotros estad preparados, porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis» (Mateo 24:42, 44).

«Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá, así como ladrón en la noche... Pero vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón» (1 Tesalonicenses 5:2, 4).

La diferencia entre quien será sorprendido como por un ladrón y quien no lo será, según el propio Pablo aclara, no depende de conocer

la fecha exacta —nadie la conoce, ni siquiera los ángeles (Mateo 24:36)—, sino de vivir en vigilancia constante, con la cruz tomada cada día, en lugar de dormir el mismo sueño espiritual que ya describimos al hablar de la iglesia adormecida.

El llamado que da forma a todo este libro

Una eternidad se aproxima para toda la humanidad, y depende, en la medida en que a cada uno le corresponde responder, de que esa eternidad transcurra con Cristo o sin Él, en un lugar donde, por más que se quiera, no podrá bajarse jamás la calefacción.

Prediquemos la verdad que Dios nos ha marcado en su Palabra, y volvámonos, una vez más, sobre nuestras propias rodillas, a predicar a todos el mensaje de la cruz para arrepentimiento de nuestros pecados, y sobre la pronta venida de Jesús para llevarnos a su verdadero Reino, adonde Él fue a preparar un lugar para nosotros.

«Entonces Jesús dijo a sus discípulos: El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. ¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida? ¿Y qué podrá dar el hombre a cambio de su vida?» (Mateo 16:24-26).

Estas páginas comenzaron con una radiografía incómoda de la época que nos toca vivir, y con la constatación, difícil pero necesaria, de que el enfriamiento del amor no se detuvo a las puertas de la iglesia, sino que se instaló puertas adentro. Recorrimos el engaño que hoy circula bajo apariencia de doctrina, el carácter que Pablo anunció para los últimos días, los falsos apóstoles y el falso evangelio que se venden como mercadería, el abuso de una autoridad que debía servir y terminó dominando, y la apostasía silenciosa de una iglesia adormecida que aún conserva el nombre de estar viva.

Pero ningún diagnóstico, por certero que resulte, tiene valor alguno si no conduce a una decisión. El mismo Cristo que expuso con tanta crudeza el estado de Laodicea es quien, dos versículos después, sigue tocando a la puerta, esperando que alguien le abra:

«He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo» (Apocalipsis 3:20).

Pedro, al cerrar su segunda epístola con una advertencia sobre el fin de todas las cosas, no terminó en el temor, sino en una pregunta dirigida directamente a la conciencia del lector, la misma que corresponde formular al cerrar este libro:

«¿Qué clase de personas debéis ser vosotros en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios...?» (2 Pedro 3:11-12).

Que este libro, entonces, no termine en la cabeza del lector como una lista más de pecados ajenos, sino en las rodillas, como examen del propio corazón. Que cada uno de nosotros pueda decir, junto con Pablo, que peleó la buena batalla, que acabó la carrera y que guardó la fe. Y que, mientras aguardamos su regreso, nuestra única oración sincera sea la que cierra toda la Escritura:

«El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús» (Apocalipsis 22:20).

Una canción que nació antes que estas páginas

Quien tenga curiosidad por indagar en mi historia musical encontrará, en todas las plataformas de streaming, una canción titulada *Tiempos Peligrosos*, grabada y publicada mucho antes de que este libro fuera siquiera un borrador en un archivo de Word.

No fue compuesta para el libro, sino que, en cierto sentido, fue el libro el que nació de ella.

La canción circuló durante mucho tiempo como un susurro profético, como un eco adelantado de lo que luego se convertiría en estas páginas. Cuando las palabras de aquella letra comenzaron a hacerse demasiado grandes para caber en una estrofa de cuatro versos, supe que debía desarrollarlas, desmenuzarlas y exponerlas a la luz de la Escritura. Así nació *Tiempos Peligrosos*: primero canción, después libro.

Si el lector ha recorrido estas páginas con el corazón atento, reconocerá en la letra que sigue el mismo espíritu que ha guiado cada capítulo. No es un añadido decorativo, sino el testimonio musical de

que este mensaje no nació en un escritorio, sino en la oración, en la vigilia y en la certeza de que los tiempos que Pablo anunció ya están entre nosotros.

Que esta canción, que ya ha viajado por oídos de muchos, sirva ahora como cierre musical de un libro que, espero, viaje por corazones de muchos más.

Tiempos Peligrosos

El mundo va cambiando, ya nada es como ayer,
las sombras van creciendo, difícil es creer.
Los hombres se han perdido, se olvidaron de amar,
y el tiempo que vivimos nos habla de verdad.

Pablo le escribió a Timoteo, el Espíritu le habló,
que en los últimos tiempos peligrosos vendría,
que el hombre se alejaría de Dios y de su amor,
y hoy vemos con nuestros ojos cumplirse esa visión.

No temas, no te rindas, mantente firme aquí,
la Roca que nos sostiene jamás va a ceder.
Su Palabra es nuestra ancla, su amor nuestra razón,
en tiempos peligrosos más fuerte es su voz.

¡Levántate, iglesia, es hora de brillar!
¡El mundo necesita la luz que Dios nos da!
No hay sombra tan oscura que apague su esplendor,
¡en tiempos peligrosos se glorifica el Señor!

Somos su ejército, somos su nación,
plantados en su gracia, llenos de su amor.
No hay poder en la tierra que pueda detenernos,
porque mayor es Él que cualquier enemigo nuestro.

¡Levántate, iglesia, es hora de brillar!
¡El mundo necesita la luz que Dios nos da!
No hay sombra tan oscura que apague su esplendor,

¡en tiempos peligrosos se glorifica el Señor!

No nos rendiremos, no callaremos más,
su reino no termina, su amor no cesará.
En tiempos peligrosos aquí estamos de pie,
porque el que prometió, fiel siempre será.

«La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros.
Amén.» (Apocalipsis 22:21)

EPÍLOGO

Llegar hasta aquí no ha sido fácil. No me refiero a escribir estas páginas —aunque tampoco lo fue—, sino a leerlas. Porque este libro no ha sido un paseo por el jardín de las certezas cómodas, sino un recorrido por el quirófano de la iglesia contemporánea. Y nadie sale indemne de una cirugía.

Si has llegado hasta este punto, quiero agradecerte. No por haber leído un libro, sino por haber tenido la valentía de mirar de frente lo que muchos prefieren ignorar. Por no haber cerrado los ojos ante el enfriamiento del amor, ante el engaño que se disfraza de doctrina, ante la autoridad que se vuelve tiranía, ante la apariencia de piedad que niega su eficacia. Por haber decidido, aunque sea en silencio, que no quieres ser parte de esa multitud que corre tras los panes y los peces, sino del pequeño remanente que aún dobla la rodilla únicamente ante Cristo.

No sé cuál sea tu historia. Quizás eres un pastor que ha visto cómo su congregación se desvanece entre espectáculos y entretenimientos. Quizás eres un creyente que ha sido herido por quienes debían cuidar de ti. Quizás eres alguien que, como yo, ama a Dios y simplemente no puede callar ante lo que ve. O quizás eres un joven que está descubriendo ahora que el evangelio es mucho más profundo y mucho más exigente de lo que te habían enseñado.

Sea cual sea tu historia, quiero que sepas una cosa: no estás solo. Hay muchos como tú en todo el mundo. Hombres y mujeres que han decidido no conformarse, que han elegido la verdad incómoda antes que la mentira agradable, que están dispuestos a quedarse solos si es necesario, antes que acompañar a la multitud que camina hacia la nada.

Este libro no ha sido escrito para dejarte en la desesperación, sino en la decisión. Porque el diagnóstico, por certero que sea, no tiene valor si no conduce a un cambio. El mismo Cristo que expuso con

crudeza el estado de Laodicea es el que sigue tocando a la puerta, esperando que alguien le abra. Y la puerta que Él quiere traspasar no es la de una institución, ni la de una denominación, ni la de un movimiento: es la puerta de tu corazón.

Los tiempos son peligrosos, sí. Pero no estamos condenados a atravesarlos con el corazón frío. Podemos volver al primer amor. Podemos tomar la cruz cada día. Podemos velar y orar. Podemos ser esa iglesia limpia, pura y sin mancha que el Señor busca para presentarse a sí mismo. No porque seamos perfectos, sino porque Él es fiel, y su gracia es suficiente para sostenernos hasta el final.

Si este libro ha logrado encender una chispa en tu corazón, no la dejes apagar. Comparte lo que has aprendido. Habla con tu pastor, con tus hermanos, con tu familia. Pregunta, cuestiona, escudriña las Escrituras como los bereanos. No te conformes con lo que te dan; busca lo que Dios dice. Y sobre todo, ama. Ama a Dios por encima de todas las cosas, y ama a tu prójimo como a ti mismo. Porque al final, de eso se trata todo.

Y si en algún momento el camino se hace pesado, si la soledad aprieta, si las dudas acechan, recuerda estas palabras:

«No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia» (Isaías 41:10).

No te rindas. El Señor viene pronto. Y su galardón está con Él.

— Un hombre que ama a Dios y está preocupado por lo que ve.

AGRADECIMIENTOS

Primeramente, a Dios

A Él. Al que es, al que era y al que viene. Al que me encontró cuando yo ni siquiera lo buscaba, y al que me sostuvo mientras escribía estas páginas que me quemaban por dentro.

Este libro no nació de un seminario ni de un título académico. Nació de una inquietud que creció en mi corazón mientras veía cómo el mundo y la iglesia se alejaban cada vez más de Su verdad. No hay una sola palabra en estas páginas que no haya pasado antes por Sus manos. Todo lo que hay aquí lo recibí como un regalo, como una confianza que no merezco. Porque sin Él, jamás habría podido escribir una sola línea.

Tiempos Peligrosos no surgió desde la comodidad de un escritorio tranquilo. Nació en la oración, en la vigilia, en el desvelo de quien mira a su alrededor y no puede quedarse en silencio.

A mi amada esposa, Andrea...

Mi gran amiga. La que me conoce sin que hable, la que me sostiene sin que lo pida. Gracias por caminar a mi lado en este desierto, por no soltarme cuando todo parecía confuso, por ser el eco de Dios en mis días de silencio. Este libro, en cada palabra, respira tu paciencia.

Gracias por entender mis largos silencios, por sostener los momentos difíciles, por estar presente incluso cuando yo estaba ausente, inmerso en estas páginas que todavía no terminaba de entender del todo. Este libro también lleva tu nombre, porque sin tu apoyo no habría sido posible.

A mis hijos...

Por entender que su papá estaba ausente, aunque estaba en casa. Por respetar mis momentos de encierro, por esperar sin quejarse. Ojalá este libro sea para ustedes un testimonio de que vale la pena luchar por la verdad, aunque el precio sea alto.

A mis amigos y hermanos de la Iglesia...

A los que leyeron borradores, a los que me dijeron con honestidad "esto no está bien", a los que oraron sin que yo lo supiera. Cada corrección, cada conversación, cada silencio cómplice dejó una marca en estas páginas.

Y a vos, que llegaste hasta acá...

No fue un viaje cómodo. Lo sé. Pero si algo de esto resonó en tu interior, si alguna frase te incomodó o te despertó, no la dejes pasar. Los tiempos son peligrosos, pero la promesa es segura. Él viene pronto. Y nosotros, los que hemos visto la tormenta, estamos llamados a ser faros.

No por mérito propio. Sino... solo por su gracia.

SOBRE EL AUTOR

Gabriel López Molina no planeó escribir este libro.

De hecho, no planeó gran parte de lo que hoy conforma su vida. Nació en Argentina, creció asistiendo a una iglesia desde los catorce años, pero fue recién después de los cuarenta cuando ocurrió algo que cambiaría todo: dejó de saber acerca de Dios para comenzar a conocerlo de verdad. Esa diferencia, que para algunos puede parecer sutil, para él lo fue todo.

Su oficio es el diseño gráfico y el diseño web, pero su vida se fue tejiendo en otros oficios también. Durante años trabajó como parquista y piletero en countries privados. Una vida sencilla, con días parecidos, hasta que una insuficiencia renal lo obligó a detenerse por completo. El diagnóstico llegó hace aproximadamente cuatro años, y con él, un silencio que Gabriel no sabía que necesitaba.

Fue en ese silencio donde comenzó a escribir. Sin formación literaria, sin estudios de teología, sin títulos que lo respalden. Solo un hombre común, con una enfermedad que lo había dejado sin fuerzas para confiar en sí mismo, y un Dios que parecía estar esperando justo ese momento para empezar a obrar.

Así nació *Hasta que nos Enamorem*, su primer libro. Y luego, como un río que encuentra cauce, vinieron otros, entre ellos este que tienes entre las manos: *Tiempos Peligrosos*.

Junto a los libros, también llegaron las canciones. Su primer sencillo, *Nunca Imaginé*, resume casi todo su testimonio: la sorpresa de descubrir que Dios puede tomar lo que parece pequeño, insuficiente o quebrantado, y convertirlo en bendición para otros. No estudió música ni tuvo formación para ello. Simplemente, un día, las notas y las palabras llegaron. Y él, con la misma disposición con la que escribió estas páginas, las recibió.

Gabriel es también el fundador de la Revista Cristiana Sal y Luz y de la Radio Cristiana Online Sal y Luz, espacios que nacieron con un propósito claro: anunciar el Evangelio sin importar denominaciones ni fronteras. Su convicción es sencilla: el mensaje de Cristo no pertenece a una institución, sino a todos los que quieran escucharlo.

Hoy, la insuficiencia renal sigue siendo parte de su vida, aunque controlada. Pero él no la ve como un obstáculo, sino como el instrumento que Dios usó para detenerlo, moldearlo y darle un nuevo rumbo. Porque, como él mismo dice, todo lo que ha hecho después de ese diagnóstico no nació de su capacidad ni de su esfuerzo: nació exclusivamente por gracia.

No se considera escritor, ni compositor, ni teólogo. No tiene respuestas para todo. Pero tiene una certeza: que Dios sigue transformando vidas, y que cualquier persona dispuesta a ofrecer lo poco que tiene —así sean cinco panes y dos peces— puede ser usada para bendecir a muchos.

Esa es su historia. Y este libro, como todo lo demás, es solo un eco de ella.

La frase que define su vida —y todo lo que escribió— está en Romanos 5:8:

«Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.»

CONECTÁ CON EL AUTOR

Si esta historia te dejó algo, si querés compartir lo que sentiste, hacer una pregunta o simplemente decir que llegaste hasta acá, podés escribir o seguir al autor en:

E-Mail: autor@gabriellopezmolina.site

Web: <https://gabriellopezmolina.site>

Instagram: <https://www.instagram.com/gabrielopezmolinahqne>

Facebook: <https://www.facebook.com/gabrielopezmolinaescritor>

Gracias por llegar hasta aquí.

Tiempos Peligrosos

*Este libro se terminó de editar en
Belén de Escobar, Buenos Aires, Argentina.
[junio de 2026]*

—
Todos los derechos reservados.

A man with a beard and dark hair, wearing a dark suit, holds a cracked, white mask over his face. The mask has a realistic human expression but is covered in numerous small cracks. The background is dark and moody.

TIEMPOS PELIGROSOS

“También debes saber esto:
que en los postreros días
vendrán tiempos peligrosos”
(2 Timoteo 3:1)

Pablo no escribió esa advertencia para asustar a Timoteo. La escribió para que supiera reconocer la época en la que le tocaría vivir. Dos mil años después, esa época es la nuestra.

Este libro es un diagnóstico sin anestesia de la iglesia de hoy: del amor que se enfría puertas adentro, del carácter que Pablo ya anticipó para los últimos días, de los falsos apóstoles que venden coberturas y decretos como quien vende mercadería, de líderes que convirtieron el pastorado en trono, y de una iglesia adormecida que conserva el nombre de estar viva mientras Cristo sigue, pacientemente, tocando a la puerta.

No es un libro para señalar a otros. Es un espejo escrito con la misma Palabra que nos examina a todos por igual, capítulo tras capítulo, hasta la única pregunta que realmente importa: ¿estás dispuesto a tomar tu cruz, no una vez, sino cada día?

Tiempos Peligrosos no ofrece consuelo fácil. Ofrece algo mejor: la verdad.

